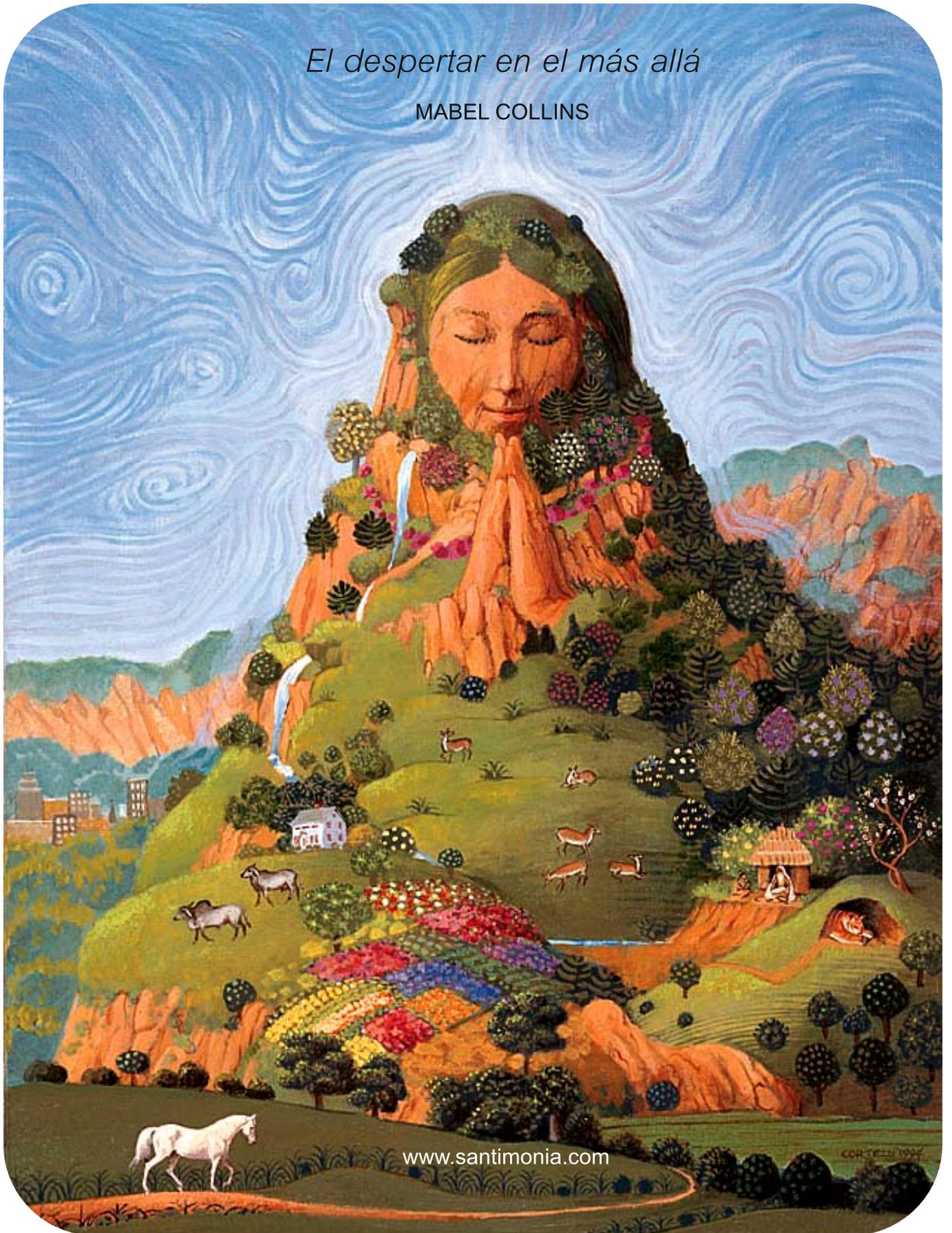


El despertar en el más allá

MABEL COLLINS





Mabel Collins

CONTENIDO

El Palacio de la Enseñanza, página 4.

La Muerte como Prueba Psíquica, página 11.

La Búsqueda de Placeres, página 22.

La Búsqueda del Sendero, página 28.

La Mística Playa, página 32.

La Naturaleza Protectora, página 37.

La Condición de Felicidad, página 40.

El Despertar del Espíritu, página 44.

Los Mensajeros de la Inspiración, página 45.

Epílogo, página 49.

EL PALACIO DE LA ENSEÑANZA

Hace veinticinco años logré realizar por primera vez el hecho de separarme de mi cuerpo, conservando completa conciencia de mí ser fuera de él. Fue esto para mí realmente el cumplimiento de un hecho personal, aunque respecto a un espíritu adelantado sea un acto de preliminar sencillez. Durante muchos meses tuve voluntarias horas de concentración, con el deliberado propósito de conocer e inquirir nuevas ideas; pero no me imaginaba ni mucho menos que había de separarme de mi cuerpo para obtener la clase de conocimiento que yo deseaba; esto es; la verdad. Distinguía claramente entre esta y la reunión de pormenores que de ropaje le sirven; más suponía que, de alcanzar éxito en mis esfuerzos, la verdad penetraría en mi entendimiento o se revelaría por sí misma a mi inteligencia. En vez de suceder como esperaba, fui precisamente sustrayéndome del entendimiento y de la inteligencia, y mi espíritu se halló conducido, a semejanza de un niño, por nuevos y desacostumbrados lugares. Por extraño que esto fuese, no sentía temor alguno, pues alguien me llevaba de la mano, inspirándome parecida confianza a la que en el niño infunde la persona mayor que le acompaña. No era yo capaz de apreciar la apariencia ni el carácter de este ser, del mismo modo que el niño es capaz de discernir la personalidad de quién de él cuida. Sólo conocía yo que estaba seguramente sostenido y guiado, y que aunque lleno de respeto, no experimentaba temor alguno. Por enseñanza de mi guía, supe que el lugar donde me hallaba era conocido, desde tiempo muy atrás, con el nombre de Palacio de la Enseñanza, y según tengo motivos para creer, hay otros psíquicos que lo conocen por el mismo nombre.

Brevemente descrito, es el Palacio de la Enseñanza un lugar del mundo etéreo que al material rodea, donde residen progresivas enseñanzas los espíritus no desencarnados todavía, Es un admirable y glorioso arsenal de conocimientos que derraman portentosa luz sobre los ordinarios sucesos del mundo; pero como está situado dentro de una región de la materia, siquiera sea en sus más sutilísimas lindes, en verdaderos dinteles de la vida física, infiero de lo visto por mí misma, que los eres purísimamente espirituales acudidos al Palacio de la Enseñanza desde inmensas distancias, con el

generoso objeto de aleccionar a los espíritus encarnados, sólo pueden permanecer por poco tiempo en una para ellos tan densa atmósfera.

Cuando por primera vez estuve en aquel lugar, ignoraba completamente cómo había llegado allí, pues mi situación anímica era de inconsciencia. En ocasiones ulteriores confié hallar por mí mismo el camino; pero tuve en ello grandes y frecuentes dificultades. Sin embargo, aquella vez primera llegue a conocer el sitio en que estaba y vi que era una vastísima estancia cuyas paredes se perdían en lejanísimas distancias y cuyo techo era tan elevado que no podían los ojos alcanzarlo. Me condujeron a través de un rellano y abrióse una puerta. Empujóme el guía hacia dentro y cerró luego la puerta tras nosotros. Me hallé en un lugar relativamente pequeño, o por lo menos de dimensiones limitadas, que apartaron de mi mente la idea de quedar perdido en la errática inmensidad. Pude ver las paredes que alindaban la estancia. No había en ellas mesas ni sillas ni taburetes ni mueble alguno. Solos allí los os, sugirióme mi guía que alzase los ojos y mirase fijamente a la pared frontera. Así lo hice, viendo que estaba incrustada de primorosos adornos esmaltados de brillante pedrería. Quédeme estupefacto ante maravillas tanta, contemplándola con temerosa admiración, como transportado por un rapto de inefable delicias. Nunca imaginara cosa alguna tan hermosa como aquella. La sillería de las paredes no era tosca y basta como la de los arquitectos terrestres, sino exquisitamente tallada en superficies de tan esplendoroso y centelleante brillo, que de ellas parecía emanar la luz que iluminaba la estancia, pues no alcanzaba yo a distinguir otra vía por donde la claridad pudiese penetrar en ella. La vista no se fatigaba en la contemplación de aquel brillo, como se hubiera fatigado si objetos materiales lo despidieran; antes al contrario, crecían el vigor de mis ojos y la fuerza de mi mirada cuanto más fijamente en ellos calvaba. Y entonces me habló mi guía, me toco los ojos y ya no vi en las paredes primores de pedrería, sino palabras en letreros. Uno de ellos, el del extremo, decía: Luz en el Sendero. Leí esto muy claramente, así como también dos o tres sentencias que inmediatamente debajo de aquellas palabras estaban escritas. “Acuérdate de ellas; - me dijo mi guía -, vuelve a la tierra y llévalas contigo. Escríbelas allá abajo. Cuando vengas otra vez, serás capaz de comprenderlas”. Me hizo el guía un ligero gesto, como despedida, e instantáneamente me hallé de nuevo en la tenebrosa estancia donde me había situado para reconcentrarme en la investigación de la verdad. Tan pronto como fui capaz del recogimiento para ello, escribí las palabras que había leído, pero no pude comprenderlas, porque eran misteriosas para mí. Todo mi ser

estaba absorto en el recuerdo de lo que había visto y en la complacencia de haber conseguido el bien inapreciable, que tantas veces deseaba, de ser aleccionado, de haber adquirido la nueva potencia de separarme y apartarme conscientemente de mi material envoltura.

La segunda vez que fui capaz de entregarme a la concentración, me hallé nuevamente y sin saber cómo en el Palacio de la Enseñanza, en el interior de la estancia que mi pensamiento llamaba desde entonces la Capilla de la Luz en el Sendero. Otros psíquicos la conocen por igual nombre y probablemente hicieron lo mismo sin que yo tuviera noción de ello. Otros psíquicos están familiarizados con la belleza de la centelleante pedrería que cubre la infinita maravilla de la verdad mientras la luz de la enseñanza no predispone a descubrirla en las palabras. Logré leer y acordarme de una sentencias más en esta ocasión, y fui despedido a la tierra con encargo de describirlas, como lo hice en las reglas y aforismos que con el título de: Luz en el Sendero, conocen los estudiantes de esoterismo. Durante el tiempo que dediqué a esta ocupación, fui siempre transportado inconscientemente al Palacio de la Enseñanza. Sin saber cómo, llegaba allí, ignorante de cualquier dificultad que pudiera existir con relación a la entrada en él. Pero cuando hube terminado la tarea, cuando me fue concedido el conocimiento a que yo había aspirado, me hallé en muy distinta situación. Tuve entonces dos cosas que hacer: comunicar a otros mis conocimientos y asimilármelos yo mismo. Creí que para lograr esta asimilación había que emplear la mitad de mi vida, por la dificultad que ello entrañaba, y sólo cuando mi guía me dictó el manuscrito: El grito lejano (agregado a La Luz en el Sendero), comencé a entender las sentencias que por primera vez me mostrara en las joyolinas paredes del Palacio de la Enseñanza.

Durante largo tiempo, durante años enteros, fui incapaz de volver al Palacio. Parecía que, ya satisfecho mi deseo y atendida mí súplica, no era razonable el transportarme nuevamente a la etérea morada en el estado de inconsciencia en que me dejaba la deficiente asimilación de los conocimientos adquiridos. Y conscientemente no podía yo encontrar el camino. Pero lo encontré al fin, por un pujante esfuerzo de voluntad que venció la pesadumbre de mí ánimo perplejo. Me hallé en el arranque de una escala de anchos peldaños de piedra en cuyo último rellano había una pesada puerta de dos hojas que daba acceso a un vasto edificio. Estaba yo en pleno ambiente, aunque a mi espalda se extendía la campiña, no miraba ni hacia atrás ni hacia

arriba, porque me sentía impelido a trepar por los peldaños y a entrar por aquella puerta que intuitivamente diputaba por la del Palacio de la Enseñanza. Pero eran muy escarpados los peldaños y penosamente alcanzaban mis fuerzas a escalarlos. Sin embargo, logre subir, empuje la pesada puerta y entre en el Palacio. Podría citar otros psíquicos que treparon por la escala y empujaron la puerta, logrando entrar algunas veces, si bien otras cayeron antes desfallecidos. En algunos casos, aquellos a quienes en vida amaron y que han transpuesto el dintel de la muerte, les ayudaron a vencer los obstáculos; porque los espíritus desencarnados que son incapaces de golpear los trípodes en las sesiones espiritistas, pueden llegar a este paraje del mundo etéreo, donde los guías les ayudan a encontrar a sus amigos y refrigerarlos en el camino. Algunas veces, todo el recinto del Palacio está lleno de espectros, muchos de ellos velados de modo que no es posible identificarlos, y que por otra parte, mientras están en velo no pueden ver ni oír. Según aprendí, éstos son los adoradores de la verdad, las fervientes almas entre los espíritus de los hombres que hallaron allí su camino o allí fueron por los amigos conducidos en estado de inconsciencia. Su presencia en aquel lugar es resultado de intensos anhelos. Llegan allí procedentes de todas las iglesias y religiones del mundo; y aunque en muchos casos tengan totalmente apagados los sentidos espirituales, de suerte que ni quitándoles el velo podrían ver ni oír, su relación con las activas fuerzas del bien les da vigor y descanso. Y en cualquier instante, ya por un acceso de fervor, ya por el acrecentamiento intensivo de la concentración en sí mismos, puede caer el velo permitiéndole ver y escuchar la maravillosa realidad de la vida ultra-física, que de repente inunde su alma. Así, el hombre de veras religioso y pío, por inconsciente que esté de esa vida, lleva inmensa ventaja sobre el agnóstico o ateo en la peregrinación terrena.

Los antes descritos pormenores del interior del Palacio de la enseñanza han sido comprobados varias veces por muchos psíquicos, de tal manera que no pueden atribuirse a la imaginación o fantasía de una sola persona. En el extremo superior hay un gran altar y en él una estatua de Buddha tallada en mármol negro. Muy a menudo, el pavimento parece de mármol y está cubierto de formas espectrales, algunas de ellas veladas e inconscientes, otras enteramente conscientes y persuadidas de su situación en aquel lugar. Algunas veces hay en el pavimento una ancha abertura que desciende rectilíneamente desde el centro al extremo opuesto, variando su aspecto de conformidad con el motivo por el cual ha sido abierta. Algunas veces semeja una superficie de aguas tranquilas en las que pueden ver imágenes quienes sobre ellas se

inclinan y su fondo contemplan; otras veces es una violenta y tenebrosa corriente, y otras un apacible riachuelo en cuyas orillas crecen algas y flores.

Durante el día cuatro de noviembre de 1905 se vio un río de sangre sobre cuyas aguas iban pasando las almas, y la figura de Cristo, sita en las gradas del altar, las bendecía según llegaban. Cuando las matanzas de judíos en Rusia, vieron varios psíquicos en el Palacio la misma escena, simultáneamente con aquellos asesinatos colectivos. El río llevaba sangre en vez de agua, y sobre la corriente pasaban las almas de las víctimas, algunas de ellas niños de primera infancia. Legiones de ángeles y de purificados espíritus humanos batían alas allí cerca, prestando auxilio unas veces a las almas que pasaban por la cuenta corriente, y otras veces conduciéndolas al etéreo espacio después de recibir la bendición de Cristo, cuya figura desollaba radiante de luz y de belleza sobre las gradas del altar, con las manos alzadas en actitud de bendecir a la cohorte de almas que iban pasando. De cuando en cuando El atraía una hacia Sí, oprimiéndola en estrecho abrazo, a cuyo contacto revivía en ella la memoria de su agonía y de su martirio.

Extrañas y maravillosas escenas se desarrollaban en este altar, representativas de cada gradación del espectáculo de la vida, y no tanto reflejadas como reproducidas sobre más alta esfera, de suerte que su espiritual significado pueda ser comprendido por los psíquicos capaces de ver y oír en el mundo etéreo. El drama de la historia humana toma nuevo aspecto, considerado desde este punto de vista. Al mismo tiempo, acaecen distintas escenas en otras estancias del Palacio, semejantes a las capillas de una catedral. De este parecido proviene la costumbre iniciada por los psíquicos de llamarlas capillas. La de la Luz en el Sendero se llama así porque en sus paredes están grabadas las sentencias y aforismos recopilados con aquel título, que han podido leer todos los discípulos que en ella lograron entrar. Cercana a esta capilla está la de la Virgen, donde aparece la figura de María con los brazos perpetuamente extendidos en actitud de sostener a quienes, mirándola como auxiliadora, pasan por su intersección a los ilimitados espacios de las espirituales esferas. Por detrás de la mística imagen penetra constantemente en la oscura capilla un rayo de luz que envuelve y liberta a las almas que allí acuden en impetración de auxilio.

En la tarea de ayudar a los humanos espíritus en el esfuerzo de alzarse a la vida espiritual, están ocupadas legiones de ángeles y también de hombres

que ya traspusieron los dinteles de la muerte. No sólo buscan a sus particulares amigos, de conformidad con los gritos del amor o del parentesco, sino que asimismo se reúnen en coros para prestar auxilio a los humanos en tiempo de guerra, epidemia o matanzas.

Cerca de la capilla de la Virgen hay otra cuyo nombre ignoro y que sólo ha sido vista por un psíquico de los que personalmente conozco. Cuando entre en ella por primera vez, me pareció muy tétrica y, más que tétrica, lúgubre. No pude ver nada en todo el recinto. Pero actualmente he llegado a saber que hay en el pavimento un gran hoyo, a cuyo interior me ordenó que mirara el guía que hasta allí me condujo. Mucho rato estuve mirando, antes de que pudiera columbrar cosa alguna; tan lóbrego era. Vi. Entonces que allá, muy en el fondo, había una especie de corredor tenebrosísimo, por el que continuamente iban pasando hombres y mujeres con pesadas cargas. Supe que aquellas eran las almas de quienes vivieron enteramente olvidadizos o ignorantes de la parte espiritual de su ser y de la vida de ultratumba, y que de continuo iban cayendo en el hoyo con la azarosa incertidumbre de las hojas que por la tierra revolotean en el otoño. Sin cesar pasaban aquellas sombras, pero no juntas, no en compañía, no persuadidas de la presencia ajena, sino una tras otra en la interminable sucesión del tiempo. Al cabo de un rato fui capaz de vislumbrar un tenue más allá en el camino que seguían, y vi. Una figura de pie en el camino que seguían. Era Cristo. Según llegaban a Él, se desprendían algunas de la carga que las apesadumbraba, convencidas de Su presencia, y con Su auxilio se elevaban a mejor condición espiritual; pero muchas, demasiadas en verdad, pasaban ciegas ante El sin percatarse de Su presencia. No obstante, también éstas, aún caminando en tinieblas, eran capaces de aliviar la carga antes de llegar muy lejos. Así como el hombre deja la tierra, así las cosas de la tierra dejan al hombre.

La puerta principal del Palacio que tan pesada era de abrir es al principio, y que después parece que se abre por sí misma, está en el extremo más distante del altar, y todas las capillas que he descrito caen a la izquierda, según miramos al altar desde la dirección de la entrada. También hay capillas a mano derecha; pero yo sólo he entrado en las dos inmediatas al altar. La más próxima es la capilla del fuego, donde penan los que voluntariamente sufren tormentos expiatorios. Junto a esta capilla se abre la que sirve de lugar a las más agitadas escenas. Hay en el centro una mesa en cuyo derredor se reúnen los espíritus en consejo. Yo puedo hablar positivamente de esto, porque

muchos psíquicos a quienes conozco, y que todavía viven entre los trabajos del mundo, pueden corroborar cuanto digo. Allí están algunas veces reunidos los espíritus, todavía encarnados, de hombres que son dirección y guía de la humanidad; los espíritus de aventajados discípulos, que humilde, y sin embargo confiadamente, se colocan junto a ellos; y por último, los espíritus de hombres que han dejado la tierra y moran en lejanas esferas espirituales de que nosotros no podemos tener idea. Los consejos que allí efectúan, se relacionan todos con la gran obra del perfeccionamiento de la humanidad y de su liberación de las ilusiones por que ordinariamente se afana. En el exterior de esta capilla hay una puerta que al abrirse da vista a una orilla del anchuroso mar, por donde, cada cual en su barca, llegan los espíritus desencarnados para asistir a los consejos. Llenas de profundo misterio están aquellas aguas que aparecen más allá del mundo etéreo y lo sumen en condiciones puramente espirituales. Las viejas religiones suponían que daban paso a las almas errantes; así lo creyeron los egipcios y los griegos y es actualmente idean familiar en los pueblos salvajes. Todos los psíquicos a quienes conozco personalmente, han visto esta agua siempre que fueron más allá de las primeras moradas del mundo etéreo. Su actual paso corresponde, según parece, a las pruebas psíquicas de muerte, y seguramente que sólo después de pasadas ha de resultar la muerte inteligible, porque sólo entonces revelará el universo material en su verdadero carácter, esto es, como cosa temporal e insignificante, como un cascarón de nuez perdido en la inmensidad del océano.

LA MUERTE COMO PRUEBA PSÍQUICA

Aún los mismos adeptos al esoterismo consideran a menudo la muerte como un fenómeno físico. Es tan poderosa la influencia de las ideas materialistas en nuestros tiempos, que muchos psíquicos de valía están afectados por ellas hasta el punto de llorar o sentir la muerte de los parientes o amigos. Frecuente excusa en tales casos es decir que el difunto era necesario en el mundo y que se le echará de menos en él. Nada como esto demuestra con tanta evidencia cómo el cerebro del hombre limita los horizontes de la vida. Aquel bienamado y útil espíritu es necesario en cualquier parte, lejos de esta morada temporal, y por más digno de amor que fuera, hemos de creer que adelantó en el camino de la perfección, lo cual es ciertamente motivo de alegría. “La muerte, - dice Andrés Jackson Davis -, o el tránsito así llamado, es la cosa más digna de admiración, en cuya perspectiva debiéramos poner mayormente esperanzada solicitud”.

Echa de ver Davis, con mucha perspicacia, que la dejación del cuerpo, tan generalmente sentida por los circunstantes, sólo es un accidente del fenómeno. La difunta emperatriz de Austria, que murió de tan trágica manera, estaba convencida mucho antes, de que la dejación del cuerpo no sólo es un pormenor de la muerte, sino de que puede sustraerse completamente de la realidad del fenómeno. Ella veía en la muerte una prueba psíquica, según atestiguan estas sus palabras: “Hay para todos nosotros en la vida un momento en que interiormente morimos sin necesidad de esperar la muerte del cuerpo”. Jorge Mac. Donald, recientemente fallecido, escribió estas líneas:

“Mejor es la muerte cuando ha terminado la tarea,
Que el más afortunado nacimiento en la tierra”.

El preveía deliciosos encuentros más allá del sepulcro, porque en ello le fortificaba su creencia en la inmortalidad, no sólo de los seres humanos, sino de los mismos animales. Las ideas espiritualistas de todos los países, reconocen placenteramente la probabilidad de tales reencuentros después de la muerte, y esperan la liberación del alma del yugo en que la tienen las limitaciones del cuerpo. Todas Las religiones infunden a sus creyentes la

esperanza en el cielo ideado según la índole dogmática de la respectiva confesión; pero las viejas doctrinas que del Egipto han llegado hasta nosotros enseñan más que esto; enseñan que el espíritu del hombre está destinado a penosas gradaciones progresivas en el curso de la prueba psíquica llamada muerte, y que para ello necesitará de mucha ayuda en todos sentidos. El complicado ritual de los egipcios, lleno de profundos y ocultos significados, abarcaba la creencia de que el espíritu había de menester ayuda para vencer las dificultades que se le opusieran al logro de mejor vida en otra parte; y así, después de la muerte, debía procurársele la conveniente asistencia para que pudiese tomar la gradación a que pretendía el cambio psíquico. Semejante complicación de simbolismos es desconocida en el moderno Occidente, donde dista muchísimo de estar generalizada la idea de que el espíritu ha de realizar un gran esfuerzo inmediatamente después de la muerte corporal. Sin embargo, los invisibles seres que rodean al moribundo, le sugieren la idea de tal esfuerzo, como lo atestiguan muchos casos, ocurridos cabe los lechos mortuorios. La Señora Francisca Power Cobbe dijo una vez a la autora de esta obra, que creía haber aprendido mucho de las últimas palabras proferidas por moribundos labios. Ni el más laborioso observador podría reunir una colección de estas frases póstumas allí en donde los médicos mandan en la alcoba del enfermo y cuidan del cuerpo deleznable en vez de cuidar del viviente espíritu. Si un moribundo habla de cosas grandes e intenta describir lo que en aquel momento siente, el médico dice que delira y desvaría. Yo mismo he estado junto a un lecho de muerte donde, al oír el médico que el enfermo refería sus palabras a temas sugeridos por la vista de un templo que desde la ventana distinguía, dijo que deliraba. Los médicos, por influjo de su profesión, rehúsan ver en la muerte una prueba psíquica, y así únicamente atienden a la cura del cuerpo. Queda esto demostrado por el hecho de que desahucian al enfermo cuando entra en la agonía, considerando trabajo perdido toda solicitud hacia él, con estorbo del tiempo que debiera emplearse en la tarea más importante de esta vida, cual es el tránsito de unas a otras condiciones psíquicas. Si la muerte fuese realmente considerada como el momento supremo de la vida y si los que le velan supieran escuchar las últimas palabras del enfermo, seguramente que conoceríamos más profundamente la naturaleza de la muerte como prueba psíquica. No hay duda de que en el solemne trance, aun los más indoctos e ignorantes reciben espiritual auxilio de aquellos a quienes en el mundo amaron y les precedieron en la eterna vida. Así lo explica Mac. Donald en su tratado Sueños Místicos. La profunda tristeza de este poema nos representa al espíritu poco tiempo después de haber dejado el

cuerpo yacente en el lecho mortuario. Al principio le alegra y regocija la presencia de espíritus hermanos, perdidos para él de largo tiempo, que le guían y conducen por la escabrosa senda. Pero llega un intervalo, en que el novicio de la vida espiritual ha de aprender por sí solo los todavía ignorados rudimentos. Tal vez el espíritu de un antiguo egipcio no hubiese necesitado este intervalo de nueva separación y prolongado aislamiento, pues se hallaba predispuesto de antemano por profundos y hábiles medios. El amor es la potísima palanca que eleva al ignorante; y quienes hayan presenciado la muerte de rústicos labriegos, habrán visto, según creo yo, que siempre ocurren dos cosas: que el moribundo conoce que va a entrar en más elevada vida, considerando esta elevación como una dificultad; y también que está persuadido de que los parientes y amigos predilectos, fallecidos antes que él, acuden a ayudarle en la realización del esfuerzo.

Una vez estaba yo junto a un lecho mortuario de una pobre vieja que moraba en un zaquizamí de una pobre ciudad del norte. Durante cincuenta años había vivido en el mismo ambiente miserable y triste, siendo su existencia un dechado de abnegación, piedad y rectitud. Desde mucho tiempo antes de su muerte, la habían dejado ciega cataratas dobles. Al acercarse su fin, vi. Con sorpresa que dirigía las pagadas órbitas al techo de la alcoba, en actitud de mirar el cielo, y que bajaba después los ojos repetidas veces, como si quisiera escudriñar algo que desde arriba descendiese. Así prosiguió por algún rato, hasta que al fin balbució los nombres de sus dos hijas fallecidas veinte días antes que ella, y dijo: “me están echando flores, muy hermosas flores, y me dicen: No será largo el trance, madre; nosotras te ayudaremos”. Esta viejecita necesitaba por su pobreza de la beneficencia municipal, y así no hubo a su lado médico alguno que la declarase en delirio, porque el médico de los pobres no tuvo tiempo de quedarse a escuchar sus palabras.

Otro caso de invisible auxilio en trance de muerte, me lo proporcionó un joven e ignorante marinero que tenía mucho miedo a la muerte. No pensaba morir tan joven, y cuando el médico le anunció la proximidad de su fin, prorrumpió en terribles y desesperados gritos. Pero, pasada esta primera aflicción, me dijo que aunque sentía tristeza de morir al comienzo de su vida, no le apenaba ello tanto como el remordimiento de no haber sido bueno. Parecía como si pensase que era enteramente incapaz de conocer su ulterior destino; pero hasta el momento de morir murmurando penosamente: “Todo va bien; podré subir, porque ellos me echan una cuerda para que suba por ella”.

Esta idea de ascensión fue hija de su propio entendimiento, sin que nadie se le sugiriese ni de ella le hablase. Pertenece el moribundo a una familia declarada irreligiosa y no profesaba creencia alguna de las que se encierran en iglesias o capillas; pero el amor y la muerte obran sus prodigios en estas almas con tanta gallardía como en las que reciben sacramental auxilio de pastores y sacerdotes. La muerte se les muestra por sí misma cuando llegan a su ambiente, no como el término final de la vida y de la conciencia, sino como el tránsito de uno a otro estado de vida. Yo también asistí a la madre del joven marinero poco antes de su muerte, y como me constaba cuán grande amor había profesado a su prole, le pregunté si se regocijaría de reunirse con el marinero y otras dos hijas ya muertas. Hay que advertir que la madre tenía dos varones adultos y solteros que con ella vivían y solícitamente la cuidaban. Por fin, me respondió: “No sé que decir, porque unos me necesitan aquí y otros me necesitan allí”.

Le pregunté si recordaba a sus hijas muertas, y me dijo: “¡OH, sí!. Las veo y las escucho como cuando vivían. Todos están conmigo. Pocas horas después murió esta mujer; pero como yo no estaba presente en el momento de expirar, ignoro si dijo algo al invisible auxilio.

Algunos espíritus puros y adelantados se elevan con tan admirable gallardía al salir del cuerpo material, que no han de hacer para ello esfuerzo alguno, bastándoles un maravilloso empuje de ascensión. En ciertos casos han visto los clarividentes visiones simbólicas de hermosa extrañeza. Así sucedió con Francisco Willard, cuyas últimas palabras fueron: “¡Cuán hermoso es estar con Dios!”; mientras los clarividentes veían cómo los ángeles se lo llevaban velozmente más allá de lo que podía seguir la vista. No es raro que los clarividentes vean a estos ángeles cuyo oficio es aguardar el paso de espíritus purificados para conducirlos al primer trecho del camino que ante ellos se abre.

Considerada la muerte como prueba psíquica, es un gran consuelo para aquellos que presencian o han presenciado la agonía de un ser querido, pues parece muy probable que el espíritu ya empeñado en la prueba, algún tiempo antes de que el cuerpo haya cesado de exhalar los gemidos de dolor que laceran el corazón de los circunstantes. Durante la pérdida de conocimientos que muchas veces precede a la muerte, el espíritu puede estar lejos de allí, ante-saboreando el placer de la completa libertad de que pronto gozará sin

traba alguna. Un sentimiento de temerosa soledad invade a veces a los circunstantes, cuando el moribundo cae en profundo sueño o está bajo la influencia de un anestésico o de un narcótico, como si el espíritu se hubiese ya remontado al espacio infinito en alas invisibles o en áureas escalas y no deseara regresar a este bajo mundo. Por última vez abre el enfermo conscientemente los ojos mirando con amor a los que quedan. Entonces se despierta.

Curioso caso sucedió cierta vez con una moribunda. Había estado durante algún tiempo sin conocimiento, y su marido le hizo volver en sí con un enérgico reanimante. Ella le miró con aire de reproche y le dijo: “¿Por qué me has vuelto a la vida?. Estaba a punto de escalar la cima de una escarpada cuesta me despertaste”. Pronto cayó nuevamente en sopor, y su marido, de rodillas ante el cuerpo, esperó que sin embarazo ni estorbo ultrapasara el espíritu.

Indudablemente, de acuerdo con la opinión de la difunta emperatriz de Austria, para el esotérico y para el discípulo no tiene relación directa el momento de la muerte fisiológica con el de la desencarnación. Algunas veces el desayuntamiento del espíritu se inicia años antes de la muerte física del cuerpo, determinando lo que nos parece un completo cambio de carácter en la persona cuyo espíritu está desencarnándose. En estos casos, la vida fisiológica cesa sin esfuerzo ni sufrimiento, como le sucedió a Moody, quién, al recobrar sus perdidas facultades poco antes de morir, dijo: “Si esto es muerte, ya no hay valle. ¡Cuán glorioso!. La tierra se aleja y el cielo se acerca”. Moody era muy amigo de Enrique Drummond, cuya muerte ofreció dijo ella: “Parecía como si los sufrimientos liberaran y pusieran en acción las fuerzas de su alma. Quienes le vieron en su última enfermedad, observaron que a medida que decaían las fuerzas físicas, se le acrecentaba el vigor espiritual.” Sin duda, que el momento de la psíquica decisión del espíritu a dejar su terrenal vivienda, llegó al comienzo de la enfermedad, o tal vez más pronto, y lo que los circunstantes observaron fue el forcejeo del espíritu por libertarse de su envoltura. ¡Cuán maravilloso deben de parecer estos instantes a los guardianes de ultra-tierra que pueden ver con vista espiritual! Si el abrir de una flor es para ojos mortales admirable prodigio, ¿Qué no será el espectáculo de un alma que toma formas espirituales al salir de su terrena cárcel?.

Es verdaderamente notable que muchos hombres y mujeres célebres, cuyas últimas palabras nos han transmitido sus amigos, miraran la muerte con el vivo interés y ardiente deseo de que fuese en realidad un cambio de estado psíquico. El príncipe de Bismarck dijo poco tiempo antes de morir: “El día de mi muerte será el único feliz de mi vida”. Y el canciller de hierro, cuyos sufrimientos en la última enfermedad tuvieron el carácter de violencia y trágico ardor que correspondían al del enfermo, murió con la dulzura del que vuelve a nacer. Al despertar del tranquilo sueño en que había caído, vio a su hija que, sentada junto a él, le enjugaba la frente, y dijo: “Gracias, hija mía”, desvaneciéndose nuevamente para no recobrar ya el conocimiento aquende el velo que oculta el misterioso dintel.

El colosal carácter de Gladstone mostró también esta maravillosa y pacífica dulzura en los últimos instantes de su vida. Consideraba la cercana muerte como el momento de despojarse de una vestidura ya estropeada y vieja, según dijo en carta escrita al doctor Guines Rogers al hablar del feliz cambio de vestido. Un clarividente le predijo mucho tiempo antes de caer mortalmente enfermo, que moriría en un carro de fuego; y el mismo Gladstone manifestó frecuentemente cuán intensa pena había sufrido como en terrible hoguera. Pero una profunda paz, la calma que a las tempestades sigue, invadióle antes de mudar de vestido y consideróse muerto para el mundo con mucha antelación a la muerte fisiológica. Cuando Jorge Russell salió de la casa mortuoria, dijo que le parecía haber visto como si una luz del cielo pasaría a través de la entornada puerta.

Tanto Bismarck como Gladstone tuvieron mucho cariño a los animales, y respecto del estadista inglés se sabe que su perro Pets no pudo sobrellevar la muerte del gran hombre.

Era Pets un perro pomeranés, de nueve años, constante y fiel compañero de Gladstone; uno de esos animales siempre alegres que constituyen el solaz de sus amos. Pero al morir Gladstone, entristeciese Pets de tal manera, que ya jamás tuvo la placentera alegría propia de su condición. Llevaran sólo los esposos Drew a la aldea de Buckley, cerca de Hawarden, y no obstante, rehusaba toda caricia, escapándose con frecuencia a vagar en torno de su antigua casa, hasta que por fin se dejó morir de hambre. ¿Iría tal vez a acompañar al querido amo en el gran viaje?. ¿Podría servir aún su amada presencia de solaz al espíritu desencarnado?. El hecho de la inmortalidad del

alma de los seres que llamamos irracionales, no le niega ni puede negarlo ningún clarividente, y muchas escenas de estancias mortuorias corroborarían esta creencia.

Yo mismo he sido testigo de la muerte de una persona que experimento intenso goce al parecersele un perrito que había muerto diez años antes. Y no era ello alucinación. Descansaba mi amiga tranquilamente e inconsciente en apariencia, cuando de pronto intentó en vano levantarse, reflejándose en su rostro el más vivo deleite.

¡OH, aquí está mi querido Mark! - dijo -. Dos hermosos ángeles me lo han traído.

Entonces, dirigiéndose la enferma a los visitantes, les suplicó que le pusieran el perro en la falda, pues ella no podía moverse. Y lo más admirable fue que con sus manos exangües acariciaba a la invisible criatura. Yo no fui capaz de ver al amante espíritu cuya llegada infundió gozo tal a la enferma; pero las acciones de ella me convencieron de que en realidad estaba allí presente. Por algunos momentos lo atrajo a sí con una mano, moviendo la otra en ademán de quien acaricia la cabeza de un perro. Entonces dijo: “Ya se me lo llevan”; y, cayendo exhausta, pero con alegres ojos murmuró débilmente: “Estoy contenta. Lo tendré conmigo otra vez”.

La fidelidad del perro tuvo, hace poco, trágico fin en el caso de una viuda, en otro tiempo muy rica y caritativa, pero que por reveses de fortuna había llegado al extremo de pobreza que requiere socorro de la beneficencia parroquial. Tenía un perro al que intensamente amaba, y por su empeño en conservarlo a su lado le fue retirando el auxilio. Cayó enferma la viuda y no quiso que la llevaran al hospital por no separarse del perro. Al morir aquella mujer, el animal hundió la cabeza entre las ropas de la cama, dejándose morir de hambre.

En su lecho de muerte dijo Walter Scout: “Siento como si hubiera de ser yo mismo otra vez”. Y las últimas palabras de Browning fueron éstas: “Nunca digáis que he muerto.” El ilustre poeta estaba, desde mucho tiempo atrás, persuadido de que la muerte es un gran acontecimiento físico, y en la escena de la muerte de Paracelso, resumió la maravillosa comunión de afectos que, llegando de ambas lindes de la muerte, consuelan a los que están en el

solemne trance. Nada más hermoso y acabado que la descripción del moribundo Paracelso estrechando la mano de uno de sus amigos sentado junto al lecho, y tendiéndola al espíritu que allí revoloteaba en espera de la desencarnación.

La presencia de la figura de Cristo junto a los lechos de muerte, parece ser más frecuente cuando el espíritu del moribundo está enteramente desamparado de amorosas amistades en el mundo psíquico. Como ejemplo de lo que quiero decir, referiré el caso de una muchacha llamada Ana, hija de cierto colono de Lancashire. Era lo que llamamos una inocente y se veía frecuentemente poseída. En uno de los aspectos de su carácter revelaba la dulce ternura y gentileza de la mujer amada; pero en otro aspecto era un ser espantable acometido de frenéticos accesos. Su familia estaba avergonzada de verla mudar de voz y emplear violento lenguaje cuando caía en tal situación. Un hermano suyo llegó, a fuerza de estudio y talento, a ser maestro de escuela. La víspera de la boda de este hermano, dijo Ana a su madre: “He tenido un sueño muy agradable. Veía un hermoso jardín, mucho más hermoso de cuantos pudiera imaginar, y allí estaba Jesucristo al otro lado de la puerta, en actitud de abrirla para que yo entrase”. La madre respondió: “No me vengas con sueños y ayúdame a hacerle el almuerzo a tu padre, porque hoy es día de mucho trabajo.” Obedeció la muchacha, y al llegar su padre quiso referirle también el sueño que había tenido, pero la madre interrumpió exclamando: “No sea necia. Tu padre no tiene tiempo de entretenerse en tonterías de sueños”.

Ana no tuvo ocasión de contar lo que había visto, pero la puerta se abrió para ella. A la mañana siguiente la encontraron muerta en la cama, revelando dulzura y felicidad en su semblante.

El hijo de un pobre obrero de Lancashire, iba languideciendo poco a poco a causa de una caída de espaldas. Cierta mañana, en ocasión en que su madre trabajaba en la sala, le dijo él de pronto:

- Deja el trabajo madre; ¿No ves que está ahí Nuestro Señor Jesucristo?.

- No le veo, - respondió ella.

- Pues El es, - dijo el muchacho con firme acento de convencido. - Y lleva reluciente cinturón en el que brillan las letras **LUZ**. Seguramente que oyes los cánticos, madre.

- No, - respondió ella.

- Entonces deben ser los ángeles de refulgente luz que dan la bienvenida al peregrino de la noche - exclamó el niño,, quedando muerto casi en el acto.

Sus últimas palabras demostraban el recuerdo de algún himno predilecto, pero también denotaban que había comprendido el significado de la letra de ese himno, y que acababa de recibir la auxiliadora compañía que necesitaba.

Otro caso, ocurrió en la muerte de dos esposos, corrobora todo cuanto estoy esforzándome en manifestar. El marido era un hombre sencillo, tenedor de libros en las oficinas de un molino harinero, sin otra educación que la necesaria para semejante empleo; y por lo tanto, es seguro que, por ejemplo, nunca había oído hablar del santo Graal. Tanto él como su mujer eran buenos y sencillos, religiosos y esmerados educadores de su numerosa prole. La mujer, poco antes de morir, llena de esperanza y de anhelosa impaciencia, hablaba a una de sus hijas de lo que presentía en el más allá. De pronto quedó silenciosa y la hija le preguntó:

- Madre, ¿Me conoces?.

- Sí, - respondió; - pero no me vuelvas a hablar, porque ahí está Jesús.

A pocos minutos murió.

Su marido la sobrevivió durante algunos años, le echaba mucho de menos, y llegada la última hora, dijo a una de sus hijas que le velaba:

- Veo cosas muy bellas.

- ¿Qué son, padre? - preguntó la joven.

- No las conozco, - repuso el moribundo -, ni puedo describirlas; pero son mucho más hermosas que todo cuanto vi. Hasta ahora.

- ¡OH! Haz un esfuerzo y dime cómo son, - suplicó ella.

- Hay una hermosa luz, - dijo el padre-, y en medio algo así como un cáliz del sacramento, pero mucho más grande, más brillante y reluciente. Precisamente ahora estaba muy cerca de mí, ala derecha de la cama.

Estando a punto de morir, le dijo a su hija: - Paquita, veo una puertecita blanca, detrás de la que está tu madre, y aunque ahora no puedo abrirla, pronto voy a lograrlo.

Todos nosotros debemos agradecer a esta joven el deseo de saber lo que su padre veía, y el haber recordado cuanto dijeron sus labios moribundos.

Recuerdo el caso de una muchacha que, poco antes de morir, tuvo una visión tan dulce, que mostró deseos de explicársela a los que rodeaban su lecho, pero no se lo permitieron a causa de lo muy débil que estaba. En vano trató de conseguir que la escucharan. “Yo quisiera decírselo”, exclamó al expirar. ¿No perdieron los parientes una hermosa coyuntura?. Yo no puedo perdonarles que se privaran ellos mismos, y privaran a los demás, de semejante enseñanza.

Raras veces teme a la muerte el moribundo. Sólo he oído hablar de dos o tres casos en que tal temor subsistiese en el postrer momento, y con todo eran personas empedernidas en el egoísmo de su mala vida. Aún Aquellos Que siempre tuvieron miedo a la muerte, lo pierden antes de morir, como si la proximidad de la liberación venciese la timidez física. No teme a la muerte el moribundo, sino los que le rodean; ni culpa de él es que tengamos más copiosas enseñanzas acerca del tránsito de una vida a otra vida, sino quienes se niegan a escuchar las últimas palabras del que muere, o las oyen como efectos del delirio, si es que no le fuerzan al silencio. Aquellos que sienten la cercanía de la muerte, algún tiempo antes de que llegue, se ven consolados por inefable emoción de paz y esperanza, mientras laceran los corazones de sus parientes con la tranquilidad con que ellos mismos hablan de su próximo fin. Esto suele achacarse ignorantemente a resignación o a mera conformidad; pero en realidad; pero en realidad es el resultado de la mudanza espiritual que

se inicia, de aquel cambio interior a que se refería la emperatriz de Austria, y que es muchas veces parainfo de muertes prontas, repentinas o violentas. Ciertamente que esto no acaece tan sólo cuando la muerte sobreviene a causa de enfermedad, y por lo tanto, no es ello resultado de la dolencia del cuerpo, aunque en algunos casos coincida con quebrantos de salud.

Alejandro Yreland, hablando de una visita que hizo Roberto Chambers, el brillante autor de *Vestigios De la Historia Natural de la Creación*, decía: “Me conmovió la perfecta serenidad, mejor dicho, el gozo con que miraba el decaimiento de su vigor al acercarse el inevitable término. Hablaba de las nubes encubridoras de la vida en que todos nos movemos, y de su esperanza en surgir a la plena luz desde el fondo desde el fondo d sombras y tinieblas. A través de las puertas de la muerte, surgiremos todos de las sombra, y sólo así podrá lograr la raza humana su definitiva libertad. La muerte es el más importante acontecimiento psíquico que se conoce; la corona y remate de esta vida perecedera”.

LA BÚSQUEDA DE PLACERES

El Palacio de la Enseñanza, que he descrito en el capítulo primero, es en un lugar donde van, durante su parcial despertamiento, los espíritus anhelosos de aprender. Todos los espíritus terrestres, deseosos de conocimiento y comprensión, se hallarán allí una vez u otra. La facultad de moverse en aquella esfera y ser consciente de ella, resulta puramente de la energía de la voluntad y no puede obtenerse por ningún otro medio. Hay en el mismo Palacio varios lugares destinados a diversas clases de conocimientos, y otros lugares existen al lado de allá, donde se despliegan grandiosas e inesperadas escenas ante la vista de los espíritus humano. Describiré más tarde algunas de ellas, que son asequibles a todos los discípulos y a quienes han entrado en el sendero. Sin embargo, muchos entran en el Palacio de la Enseñanza con ansia ciega de conocimiento, ignorantes de que tienen sentidos espirituales cuyo empleo debieran aprender, y permanecer ciegos e inmóviles allí dentro, como amodorrados en el umbral de la vida divina. Lo más que aprenden es el simple hecho de que la realidad existe allende la materia. Generalmente no desean adelantar en la vigorización de sus facultades y conocimientos, hasta que algún suceso físico les libra en parte del sudario que los envuelve. La desgracia es unas veces el amistoso agente que de ellos se encarga, y más a menudo la enfermedad. Durante la enfermedad, el espíritu se evade y encuentra camino acá y allá, mientras el diligente enfermero apura todos los medios de reponer el cuerpo. Pero a causa del poderoso instinto de conservación que alienta en la especie humana, algunos espíritus parten antes de terminar la prueba corporal, para vivir en más deleitosos lugares o de mejores condiciones psíquicas o más a propósito para el aprendizaje. Otros sólo son capaces de ir a los parajes que infiernos llaman quienes desde el más allá vuelven la vista atrás. En cierta ocasión yo transportado a ver un extenso lago de muy poca profundidad y de lecho muy fangoso, cuyo seno removían en actitud de búsqueda una legión de espíritus encarnados en la tierra. Ni una sólo rostro vi. Que por un solo instante se volviese. De pronto noté que varios se agrupaban en torno de un hombre que al parecer había encontrado algo, y los que estaban cerca de él intentaban arrebatarlo. Pero el hombre se volvió hacia los demás con semblante de pesadumbre. No había encontrado nada. El guía que me condujo a aquel lugar se acercó al hombre y le dijo: “Lo que

buscas no está ahí, sino en la orilla.” Entonces el hombre vino a reunirse con nosotros. De lo que dijo colegí en seguida que eran goces lo que buscaba en el fango, y que tan luego creyó alcanzarlos, se le desvanecieron, dejándole en la congoja. “Debes abandonar este sitio, - le dijo mi guía -, porque nunca hallaréis en él lo que buscas. Pero no has de partir sólo sino que debes traer a otro contigo. Vuelve entre ellos, y cuando veas a alguno en la misma congoja en que tú estás ahora, dile que salgas de este lugar donde no ha de hallar lo que busca.” Me pareció entonces como si aquel hombre cobrara bríos con la idea de ayudar a otros en el desecho de la marga desilusión que él mismo experimentaba, y prometió hacer según se le decía. “Pero ¿En dónde los encontraré?”, preguntó. “Espera el alba, - respondió mi guía. Por encima de aquellas sombrías colinas despunta, pero nunca ninguno de vosotros la mira ni la ve, t las oscuras nubes envuelven la luz de cada día. Espera el alba, y los rayos del sol naciente allegarán sobre ti fuerza y ayuda”. El hombre volvió al lago, satisfecho con aquella chispa de esperanza; y conoció que podía renovar su vida entera aprendiendo a dirigir los ojos hacia la cumbre de las colinas, en vez de mirar constantemente al fango en que se arrastraba. Y al verle marchar, recordé que también había sido yo uno de los que buscan en el fango y sólo al fango miran, hasta que alguien me enseñó a levantar los ojos y de él salí llevándome a otros conmigo.

Y me fui enseñado que esta esfera de conciencia circunda la tierra toda, porque el deseo de goces materiales lleva al espíritu a morar en los cuerpos físicos. Muchas personas que temen a la muerte, se han hallado en este lugar durante la enfermedad, horrorizándose de sus tristezas y desengaños. Aquellos que desean el aniquilamiento de su ser, lo desean porque temen verse en tan horrible condición al salir de esta vida. No es maravilla que prefieran la nada a semejante estado de desesperación.

Cuando la debilidad acarreada por externa dolencia, alivia de sus ligaduras al espíritu, se convence de que no ha de calmar sus anhelos en los objetos materiales, y se reconcentra ávidamente en el cuerpo cuyos sentidos pueden proporcionarle todavía alguna sensación placentera. Estos son los espíritus incapaces de lograr un despertamiento que los desprenda de la sensualidad, y que hallen cierto bienestar en los ardores físicos.

La dormida masa de la humanidad mora en este cenagoso lago, por lo que su vida psíquica concierne, y el espíritu permanece allí soñoliento durante

los períodos en que se evade del cuerpo en que está encarnado. La atmósfera de aquel triste lugar pesa gravemente sobre quienes procuran gozosa vida. En casa de los ricos, en los centros de negocios, en las tiendas y talleres, en las míseras moradas de los pobres, se echan de ver sus efectos. El pobre que resignado soporta privaciones, luchando heroicamente por la existencia, y el rico que en provecho de sus semejantes emplea sus riquezas, alzan la vista, miran a la cumbre de la colina, y ven la aurora que les impele a más elevadas esferas del mundo espiritual. De esta mudanza de condición psíquica dimanar muy luego el entusiasmo y el valor, aún en medio de deprimentes y desesperadas circunstancias de la vida física; porque la primera lección aprendida por el espíritu que ha empezado a despertar, es que las tinieblas y el mal se desvanecen para siempre en cuanto despunta la aurora eterna. Efectivamente, las tinieblas y el mal sólo existen como una ilusión resultante de la actitud del espíritu, apareciéndosenos con mayor realidad que cualquier otro hecho posible, cuando la mirada se vuelve a ellos y sólo a ellos se posa; pero toda alma exquisita sabe cuán pronto se desmoronan su sostén y cuán fácilmente desaparece su ilusoria realidad.

Hay otra clase de buscadores de placeres, que entrañan pura e inocente actividad como la de los insectos alados del aire. Yo he sido transportado a ver el infierno a donde ellos van cuando por ésta abandonan toda otra forma de vida. Es un hermoso paraje, como glorieta en medio de un bosque, alfombrada de un suavísimo césped y guarnecida de inflorescente hierba. Parecía un cielo por la maravillosa disposición del laberinto de danzadoras figuras que sin cesar se movían sobre el césped. Noté que todas continuaban danzando hasta el cansancio, y al fijarme en algunas de las fatigadas, vi que se alzaban y volvían a danzar nuevamente, tan luego como recobraban fuerzas, excepto unas cuantas que se acogían a la sombra de los árboles que rodeaban la glorieta. Mi guía siguió a una de ellas y le dijo: “debes salir de aquí.” “No puedo, - respondió la figura -, porque no hay otro lugar”. Mi guía le replicó severamente: “si no despiertas cuando muera tu cuerpo, te encontrarás aquí sin poder hallar otro paraje”. “no se puede hallar otro”, respondió la figura. Entonces comprendí que aquel lugar era el infierno.

Eché de oír después un canto llano que todos los danzarines entonaban, y cuya letra repetían frecuentemente estas palabras: “He de vivir, he de regocijarme, he de danzar”. Y cantando así, los pobres seres calenturientos

danzaban como figuras obligadas por un coreógrafo, que era tan sólo su propia ceguera e ignorancia.

Entonces fui transportado largo trecho en una neblina hasta llegar a una playa arenosa donde vi. Multitud de gentes inmóviles sobre la arena. Un cielo sombrío planeaba bajo toldo, sobre aquella dilatada tristeza. Frente a cada persona del gentío había una imagen. Yo vagué entre ellas mirando a las silenciosas figuras; pero ninguna me echó de ver ni hizo ademán de advertir mi presencia. El guía me explicó que aquellas eran gentes absortas en la contemplación de una idea fija, con salvedad de toda otra, limitada en extensión y amplitud por la capacidad de su propio cerebro. Eran intelectuales puros, y las intelectualidades que contemplaban no tenían relación ni física ni espiritualmente con la vida práctica. Mi guía, después de estar durante algún tiempo junto a una de aquellas figuras, levantó de pronto la mano, golpeando y derribando la imagen ante la cual posaba. Cuando el espíritu vio roto su ídolo, se postró de hinojos con la faz contra la arena. Y entonces vi. Otra visión más admirable que atraía Cielo sobre aquel lugar de abandono. El espíritu que había llegado a ser incapaz de percibir en el universo entero cualquier otra cosa que no fuese la idea fija como esculpida imagen, se arrastró pecho en tierra al ver aniquilada y desvanecida su idea. Pero de pronto, la luminosa figura de Cristo, que por entre la obscuridad aparecía, acercase a él y, tocándole, le alzó y se lo llevó consigo. El espíritu no opuso resistencia, pero se cubrió el rostro con el brazo.

Durante una grave enfermedad,, cuando el espíritu se desliga temporalmente del cuerpo por causas naturales, pueden ocurrir semejantes cambios de estado, de tal manera, que se desvanezcan las ilusiones y se sienta el toque del amor divino. El hombre enfermo vuelve su rostro a la pared y yace en silencio mientras el espíritu soporta grandes pruebas; y cuando el cuerpo se restablece y levanta, surge un cambio total de carácter, porque ha despertado parcialmente.

Algunos hombres progresan por medio del sufrimiento, y quienes así lo comprenden no piden que se aparte del cáliz, sino que la Voluntad se cumpla. Estas fases, que se presentan durante la enfermedad, pertenecen al orden del inconsciente desenvolvimiento que da a las negras horas de la vida un peculiar tinte de misterioso hechizo. Hay prensiles de espléndida hermosura, parajes placenteros a donde acuden los espíritus cuyos cuerpos sufren acerba

enfermedad y en donde hallan indecible gozo. Pero estos lugares son tan inadecuados al despertar del espíritu, como el lago de cieno y la glorieta de danzarinas. El espíritu descansa allí o se solaza, y vuelve alegre y refrigerado; pero esto es sólo una porción de aquella natural herencia de la raza humana, que hace soportable la vida física cuando se va la juventud. La frescura juvenil y la salud gozosa, perdedoras en la material existencia, son, por el contrario, perdurables y de posesión perpetua en el estado psíquico; y cuando de esto se convence el espíritu, cobra valor para acelerar su marcha en la tardía y a menudo penosa peregrinación sobre la tierra. Más para el espíritu despierto todo cambia. Los jardines del mundo psíquico no son lugares para alzar los ojos como lo son los no puramente espirituales. El hecho de que la idea de placer aiente en la concepción de aquellos lugares, demuestra que no está completamente liberado el espíritu que en ellos descansa o se goza. Los antagonismos todavía permanecen en él y lo crucifican, porque está extendido sobre la cruz, soportando frío y calor, amor y odio, gozo y pena. El objeto del discípulo que conscientemente entra en el Palacio de la Enseñanza y solicita sabiduría, es traspasar esta condición para llegar a ser espíritu desligado y libre. La posibilidad de ello se nos ha enseñado en toda época y su necesidad queda evidenciado actualmente ente los hombres, porque el Tiempo impele hacia la eternidad, y la raza humana no puede permanecer constantemente jugando, como un niño, en la playa inmensa del porvenir. El natural y graduatorio desenvolvimiento del espíritu indispuerto es muy tardío, porque tiene frecuentes y diversas demoras, estimuladas y consentidas por las tenebrosas potencias que rodean al espíritu y lo rezagan en el camino. La enfermedad, el sueño y la muerte son etapas de avance y progreso para el espíritu capaz de aprovechar tan favorables coyunturas, aunque igualmente pueden ser períodos de pereza y de modorra para el que no esté dispuesto a realizar el esfuerzo supremo. La muerte es de todas ellas la mejor oportunidad, como peldaño de ascensión en la carrera del espíritu. Por sí mismo se evidencia que el abandono de un cuerpo material es para el espíritu liberación de temporales limitaciones, y por consiguiente, su ingreso en nuevas esperanzas. Sin embargo, nada significa el sencillo hecho del tránsito de uno a otro lado de vida, cuando no entraña el despertamiento del espíritu; porque si el alma apetece tinieblas y rehúsa formar en las filas de los que progresan, posible será que de las tinieblas y de la ignorancia pase en la hora de la muerte a mayor grado de ignorancia y de tinieblas. Cierto es que el conjunto de preocupaciones atañederas a la vida encarnada, que sólo existen por limitación del cerebro físico, desaparecen apenas cesa de funcionar el cerebro; pero el

espíritu puede obscurecer enteramente su conciencia, aún sin el influjo de aquéllas, y pasar de la confusión y los errores de la vida física a un estado de profunda estupidez rebelde a toda actividad. Las ilusiones propias de la vida humana influyen mucho en la actividad del espíritu durante los períodos de encarnación. En la vida física apetece cosas de cuya vacuidad se convence al desvanecerse la ilusión que le impulsa a apetecerlas. Cuando se sustraiga a la influencia de la ilusión, el espíritu que sólo busque su propio bienestar y gozo, caerá en profundo sueño como situación preferible para él a cualquier otra que pudiera ofrecérsele. Cuando así ocurre, no debe considerarse la muerte ni como despertamiento parcial ni siquiera como etapa de progreso.

LA BÚSQUEDA DEL SENDERO

Algunas veces sobreviene el despertamiento parcial durante el sueño, sin deliberado esfuerzo por parte del durmiente, aunque siempre es consecuencia de un intenso deseo de sabiduría espiritual, alentado durante horas de vigilia. Un ejemplo explicará lo que esto quiero decir.

Cierto día discutí extensamente con una amiga acerca de la incertidumbre en que nos hallábamos de si nos encontraremos otra vez, o si ya nos habíamos encontrado antes, con quienes nos precedieron en la muerte. Dije yo que cría firmemente en el reencuentro futuro, porque mi experiencia de estancias mortuorias me había convencido de que los muertos acuden a prestar espirituales auxilios a los moribundos en el supremo trance; pero que; sin embargo, no podía asegurar que la reunión fuese permanente.

Lo que dice Macdonald en Sueños Místicos, acerca de que los espíritus se verán otra vez completamente separados al entrar en las amplitudes de la nueva vida, me parece muy razonable. Expuse yo la opinión de que la Potestad reguladora de la vida de los hombres puede reunirlos y separarlos, y que esta acción del Hado igualmente puede ejercerse en la vida física que en la espiritual.

Replicó mi amiga que no creía en esa Potestad reguladora, a lo cual yo repuse que estaba convencido de su existencia, pues la conocía a un tiempo como dadora y quitadora de seres queridos. Mi amiga no dijo nada más.

Aquella noche dormí largo y profundo sueño, y al despertar antes de la aurora, cuando aún era noche cerrada, note la presencia de tres queridos amigos míos en la alcoba. Conocí que habían llegado hasta mí desde lejanísima distancia y experimente dentro de mí ser parecida sensación a la de un niño que se ve cariñosamente mecido en la cuna. Entonces comprendí que aquellos tres espíritus permanecerían junto a mí hasta que hubiese entrado en plena y despierta conciencia a fin de ayudarme a recordar en dónde había estado y lo que había hecho. Me fui quedando en pasmo según se vigorizaba la memoria en mi cerebro, porque conocí que los tres bienamados amigos me

habían conducido a las gradas del tronco de la Potestad reguladora, y que en aquel momento me hallaba en presencia del Espíritu de la Esfera. Me parecía como si estuviese en el verdadero centro de todas las cosas, y las gradas del tronco eran como la hoguera de un inmenso fuego de amor. Y me hicieron sentar junto a aquella hoguera, como se sienta el niño al calor de las llamas en los hogares de la tierra; y los tres seres que me habían transportado a aquel paraje, se situaron a corta distancia, cuidando de mí. Y el gran Espíritu se me dirigió, no con palabras, sino con algo semejante a toques de corazón; pero yo recordé lo que se me había enseñado con palabras que me llegaron a mí cuando, consciente todavía de la presencia de los tres espíritus, estaba todavía sumido en la oscuridad y estreches de mi alcoba, en vez de aletear sobre la inmensa hoguera del mundo. Me acordé de un inspirador escrito que poco antes se me había entregado (Guirnaldas de Amor), y aprendí que aunque yo era el medio transmisor de estas enseñanzas a la esfera física, de seguro que no las comprendería ni podía haber tenido ideas como las que expresé la víspera respecto de la reunión de aquellos que se habían amado sobre la tierra. Y el libro vino hacia mí y en mis manos fue puesto y aprendía a interpretarlo rectamente en todas sus páginas. Así lo hice, y mucha maravilla me pareció el leer a la luz del fuego de amor que es el centro y corazón de toda vida. Y vi. Que no había comprendido las palabras leídas y escritas en el estado físico. Si hubiese comprendido su significado, ciertamente supiera que el amor y el amado son parte integrante del amador y su separación es imposible. En el amor espiritual. La separación ocurre aparentemente y tan sólo en la esfera física, porque al que todavía está encarnado le liberta el sueño, el éxtasis o el síncope, para reunirse con el amado. Esta liberación ocurre constantemente en la vida física, por más que nuestro juicio corporal no se percate de ella. Quién amó y fue verdaderamente amado durante la encarnación, llega a ser poseedor de algo imperdible, perdurable y eterno.

Mientras se me explicaba todo esto, recordé el vacío que la muerte deja en la vida física, y su memoria se me representó viva y tenaz, no obstante hallarme sobre la hoguera del mundo, contemplando con los ojos del espíritu las psíquicas formas de aquellos a quienes había amado. “Ciertamente, - dije, - es así que se os quitará lo que se os dé”. “¡No! - me respondieron -. Nada se quita; tan sólo se transporta a más altos lugares a donde puedes seguirlo. Únicamente por este medio queda la naturaleza del hombre libre de las ataduras de la sensación física”. Entonces comprendí por qué era tan amarga la pena que, para quienes en él quedan, sume en tinieblas al mundo. Sobre las

colinas, en la luz de la aurora, podemos ver las espectrales figuras de los seres queridos, pero a condición de que alcemos la vista y sacudamos el yugo de los sentidos corporales que reclaman su imperio. Los sentidos son los que ansían “el toque de una mano vana y el eco de una voz que todavía resuena”. Pero tras hondas penas y pesadumbres se aprenden al fin las enseñanzas de tal modo, que ni la muerte ni la separación existen para aquellos que saben alzarse a la conciencia espiritual y encuentran a sus queridos seres. “Espíritu con espíritu, alma con alma”. Se acallan entonces en completo silencio las voces de la carne, se iluminan las tinieblas, y queridas y hermosas formas llenan el vacío.

La conciencia y el conocimiento de estas verdades vinieron a mí durante el sueño, y los que en el sueño me acompañaban me dieron la facultad de acordarme de todo cuanto había experimentado y aprendido.

Todo fuera distinto para nosotros si tuviéramos el poder de coordinar lo que llamamos sueño con la vigilia; pero de esto sólo es capaz el esoterista para quien tienen realidad todas las esferas y lugares de prueba. La negación de realidad al sueño es una de las limitaciones o ilusiones del cerebro que durante el sueño desmaya. Cuando la substancia cerebral no está en completa actividad, ya por vejez o por enfermedad grave, naturalmente interesantes pruebas y lugares abiertos al espíritu, aunque se halle en condición de incredulidad y desconfianza. En el mundo etéreo hay amenas campiñas, espirituales jardines cuajados de flores ciudades de magnificente arquitectura, anchurosas playas donde los espíritus de los hombres logran salud y fuerza mientras sus cuerpos descansan dormidos. El reposo físico constituye la mínima parte y sin discusión aceptamos los sueños por realidades.

Durante el sueño hay muchas y muy de la restauración que el sueño allega, y aún el común de los hombres, para quienes la idea del despertamiento espiritual es como infantil conseja, obtienen del sueño el beneficio a que les da derecho su origen nativo, con tal que anhelan y ansíen en esta vida algo mejor que la búsqueda de placeres en el ceno o la satisfacción sensual por la continua actividad de los sentidos. Al sendero se llega por medio del cumplimiento del deber en la vida diaria; y aquellos que se ven solicitados por el anhelo de placeres personales, quienes consagran sus vidas al esfuerzo laborioso, hallan la compensación de las horas tristes del día, durante las deleitables pruebas cuya coyuntura les ofrece el sueño. Pero tal

camino es largo y aburrido; otro hay mucho más corto, aunque más escabroso, por donde andan los discípulos convencidos de la realidad de lo invisible; los que están dispuestos a intentar el hallazgo del recto Sendero entre los misteriosos andurriales abiertos en su rededor a los pasos del espíritu; los que son dóciles en seguir y obedecer a los guías venidos al dintel de la humana vida, desde las espirituales esferas donde moran, con objetos de ayudarles y enseñarles. Para ellos el sueño es tan real como cualquiera otra circunstancia de la vida, y su espíritu se evade del cuerpo, yendo allá, acullá para aprender y progresar. Aún a ellos les cuesta trabajo, por largo tiempo, el recordar cerebralmente las pruebas experimentadas durante el sueño; pero pueden conseguirlo si les ayudan quienes les amaron; si se someten a las enseñanzas de un maestro o de un adepto en vida. No encontrarán tal maestro en la esfera física, y aunque lo encontraran no lo reconocerían; pero serán transportados por él al mundo etéreo, y conducidos al aula en donde enseñe uno de los grandes maestros, para que aprendan el modo de hallar lugares de progreso y la manera de ir inteligentemente por doquiera. El despertar se ha iniciado en ellos, y sus efectos se mostrarán muy luego en la vida cotidiana.

LA MÍSTICA PLAYA

Símbolo es la aurora de persistente y eterna renovación de vida, porque no sólo es una simple renovación de luz, sino también una absoluta renovación de vida. El espíritu que ha percibido una vez siquiera la mística realidad del sol naciente sobre la tierra, con sus derrames de vitalidad y bendición, ya no teme al porvenir ni duda de sus propias fuerzas para ascender por los peldaños de la escala de perfección. Está persuadido de que con el alba de cada nuevo día les llega el flujo de potencialidad a quienes son capaces de recibirlo. Y aún sobre aquellos espíritus que rehúsan elevarse por sí mismos, difunden su benéfico influjo los rayos de luz y vida, sosteniéndoles en su voluntaria obscuridad y fluyendo vívidamente sobre los cerrados párpados que no tienen vigor para recibirlos. Pero esta repugnancia a despertar, deja al hombre atado a la rueda de la vida terrenal de modo que, por desaprovechamiento de cada nocturna oportunidad, prosiguen ilusos, día tras otro, en los afanosos y estériles empeños del mundo concupiscente, sin adelantar ni un grado en el intervalo de sucesivas encarnaciones, cuya forma orgánica y estado espiritual es de semejante condición a los anteriores. El espíritu que no despierte pasará largos períodos de desencarnación en el sueño o en los recuerdos de la vida física, volviendo de ellos sin renovación ni progreso de su ser. Muchos de los que viven en los sumideros de la sociedad humana, confundidos en las filas de los miserables, alientan la esperanza de algo mejor después de la muerte, que consideran como posible compensación de su infortunio. Así puede o no puede suceder, según el estado espiritual del hombre; porque nada hay en la naturaleza de la muerte que necesariamente depare tal compensación. La muerte es de por sí un cambio de medio; y el espíritu del hombre es el que ha de aspirar a aquel estado psíquico en que dicho cambio de medio llegue a ser por necesidad un grado de perfeccionamiento. Así ocurre cuando, despierto el espíritu y mirando hacia delante, se eleva por esfuerzos de su propia voluntad al quebrantar las cadenas materiales que lo sujetaban. Pero esta libertad puede lograrse sin necesidad de que sobrevenga la alteración del estado físico que se llaman muerte; también pueden conseguirla en vida los adeptos cuyo espíritu pasa a voluntad entre los rayos de luz y vida que perpetuamente planean sobre las múltiples esferas de

la conciencia. “Dondequiera que yo vaya os conoceré para enseñaros el camino”.

Todos los discípulos el camino. Cuando alguno de ellos cae en sueño, según va acercándose al misterioso momento de pasar de uno a otro estado de conciencia, es capaz de ascender a las altas moradas de la vida espiritual, y para él la condición o estado de sueño es aquella en que toma rumbo la educación y adelantamiento de su ser, volviendo a la vida física con el preferente objeto de ayudar a los demás hombres. La retención de un cuerpo físico le proporciona algunas ventajas, como la de invocar en auxilio ajeno la influencia de los rayos de vida y luz que diariamente visitan la tierra. El espíritu de Cristo, el espíritu de intersección y ayuda en beneficio de los demás, es la peculiar característica de los espíritus adelantados que no necesitan auxilio para sí mismos. Trabajan por el despertar de la humanidad. Y tan hondo e intenso es el efecto de la ley del amor, que los hombres cuyo espíritu comience a despertar interiormente, se verán arrastrados por invisibles fuerzas hacia quienes estén más vivamente despiertos, llegando a contarse por fin entre el número de los auxiliares. Porque el despertar significa que el espíritu trabaja por el bien colectivo, y por lo tanto, que se desembaraza de todo sentimiento egoísta y de todo anhelo de ventaja puramente individual. El espíritu queda entonces atraído por irresistibles leyes hacia parajes del mundo espiritual, desde donde auxilia a los que militan en la vida humana; y al hallarse en aquellos parajes, se siente en continuo acrecentamiento de luz y vida. Estas pruebas acaecen lo mismo durante el período llamado por nosotros sueño, que durante cualquiera otra ocasión. Las diferencias entre el estado en que el espíritu se halla durante el sueño y el de durmiente ordinario, es que tiene la facultad de ir donde su voluntad le lleve y conservar la memoria de este viaje cuando vuelva a encerrarse en el cuerpo. Esta condición da completa confianza y seguridad en el porvenir que a todos nos espera, y un hombre fortalecido de esta suerte, nunca se abate ni desmaya, por espantables que sean las circunstancias en que se halle. Porque conoce que, aparte de todos esos estados, hay un recto camino iluminado por los rayos de luz y vida, que a todos se abre y en el que aún los espíritus más degradados o más oprimidos pueden despertar en cualquier momento. Este despertar será tal vez muy débil al principio, una simple chispa de conciencia; pero entraña gran pujanza y es tan importante como el brote de la semilla en la tierra.

Con mucha frecuencia acaece este débil despertar durante las enfermedades del cuerpo, y el espíritu persuadido de la nadería de buscar la felicidad en el fango y que ha procurado pasar más allá de él, se hallará en una esfera ultra-física de conciencia. Hay una dilatada y anchurosa costa de finísima arena, con latas rocas escarpadas tras ella y un gran espacio de mar enfrente, a donde acuden muchos espíritus cuyos cuerpos sufren los dolores de la enfermedad y que han dejado con disgusto los físicos placeres. Es aquel un lugar a propósito para profundas meditaciones sobre la realización del yo. Está allí el espíritu como en solitario paraje, sin más compañía que sus propios pensamientos y aspiraciones, mirando en su memoria cual en un espejo los sucesos de la vida pasada. Allí entre mar y cielo, recibe los creadores efluvios del océano etéreo y los ardorosos rayos del sol espiritual que planea su luz sobre aquella esfera; y al volver el sufrimiento y consunción del cuerpo físico conserva el recuerdo de su estancia en la mística playa, como si hubiera soñado que le refrigeraban las aguas de aquel mar. Sin embargo, no ha sido sueño. En la profunda realidad de su vida espiritual, conoce que ha tenido favorabilísima oportunidad, no sólo para el descanso, sino para la realización de su ser en el rumbo a que se inclina, para despertar más cumplidamente. Mientras está allí, percibe el espíritu que también hay otros espíritus, de modo que la soledad en que se halla, es semejante a la del hombre estacionado en una calle o plaza pública por donde no pase ningún transeúnte de su personal conocimiento. Posible es que vea surgir del horizonte un poderoso bajel que cruce por las solitarias aguas en dirección a la playa. Y que algunos de los desconocidos espíritus se levanten de sus lugares de descanso y salten al bote que a la orilla les echen desde el barco, a cuyo bordo emprendan la travesía por el ignoto mar que más allá se extiende, mientras que su cuerpo mortal, yaciente sin auxilio en el lecho del dolor, cesará en aquel momento de sufrir, arrancando lágrimas a los deudos por haber expirado sin una palabra de despedida. Pero esto es tan sólo una queja de la conciencia física, porque si quienes le vieron morir amaron de veras al muerto, sentirán el aleteo de su espíritu, el aliento de su alma, y oirán que desde el bajel les dice mirando hacia la orilla: “A Dios; hasta que nos encontremos otra vez”. Y algunos espíritus que permanezcan largísimo tiempo en aquella playa, de suerte que nadie espere su vuelta, verán muchas idas y venidas del buque, dudando de si mejor les conviene el regreso o la marcha, hasta que por último se levanten y, volviendo hacia las escarpadas rocas, hallen uno de los muchos caminos de regreso al mundo físico. Y entonces sobrevienen aquellas maravillosas

mejorías que arrebatan al enfermo de los brazos de la muerte y pasman a los médicos confundiendo su habilidad y sabiduría.

Hay otro paraje de aislamiento a donde el espíritu suele ir mientras está enfermo el cuerpo, pero que no se abre sobre el mar ni se descubre en él otro camino que el de forzoso regreso al mundo físico. Es un lago circuido enteramente por abruptas cuestas. Allí acude el espíritu del egoísta cuando por primera vez se aparta de las filas de los concupiscentes o del grupo de los hastiados.

El que crea que no hay otro lugar donde ir, si anhela dejar su sutil existencia terrena, se hallará igualmente junto a las claras aguas del lago, sobre las que se refleja la purísima bóveda celeste, como las montañas en los lagos de la tierra. Y vagará de uno a otro lado por la desierta orilla, enteramente solo, hasta que en su interior surja la aspiración a un nuevo estado, hasta que alguna ajena influencia le extraiga del egoísmo en que viviera y que a tal estado de aislamiento le llevara.

Raramente sucede que despierte, ni aún siquiera de un modo parcial, el espíritu que por primera vez visita la soledad del lago. Acude allí simplemente porque está disgustado de la estéril demanda de placer a los bienes temporales de que tarde o temprano dimanen la desilusión y el hastío. Va allí como el hombre tedioso y desengañado que pasea por los silenciosos senderos de la campiña, sin reparar en la amigable hermosura de la naturaleza. Así el espíritu va ciegamente al lugar de soledad cuya perfecta belleza y apartamiento le parecen cosas naturalísimas y completamente incapaces de allegar otro goce ni otra pena que las suyas propias. El ansia de esparcimiento y compañía le invade luego y le advierte horror de la quietud en que estaba; o bien recuerda con admiración a aquellos con quienes viviera y se solazara. Este cambio de estado le lleva naturalmente hacia atrás, e instintivamente halla el camino de regreso al cuerpo físico, despertando en él algún dormido deseo; y entonces dicen sus amigos que empieza a ser otra vez el mismo.

Todas estas fases corresponden al inconsciente estado de pérdida de sentidos durante la enfermedad; pero hay otras fases y pruebas abiertas al espíritu cuyo cuerpo se halla en aquella condición, al espíritu que empieza a despertar al conocimiento de los hechos de las vidas desencarnadas, después de haber estado sin memoria de ellos durante la encarnación. Fácilmente

llegará el hombre desinteresado y generoso a tener conciencia de libertad del espíritu durante las enfermedades del cuerpo, porque los sentidos no son para él como grilletes. Yo he conocido hombres que parecían serlo únicamente del mundo y que, sin embargo, acomodaron sus actos a las leyes religiosas y a generosos anhelos, recibiendo una grave enfermedad como gozosa prueba de perfeccionamiento moral. Uno de estos hombres, al restablecerse de una dolencia que le puso a punto de morir, me dijo “He sido muy bien enseñado y tuve un período de felicidad”. Según vio un clarividente, fue transportado a un hermosísimo pénsil del mundo etéreo. El espíritu del enfermo, dominado por placentera languidez, reposaba sobre la hierba entre los árboles y flores, rodeado por los espíritus de los perros que fueran en vida sus amigos, escuchando el canto de los pájaros y observando su vuelo por los espacios del firmamento etéreo. Sentía el espíritu la deliciosa emoción de los días santos y no le turbaba la más leve ansiedad respecto de los sucesos del mundo, aparte el pensamiento de su esposa. Cuando en ella pensaba, la veía entada junto al pupitre que ella misma había colocado en un rincón de la alcoba, pero que él le aparecía en un ángulo del hermoso jardín. Deploraba el espíritu que su esposa no pudiese dejar de escribir a él para jugar con los perros y escuchar a los pájaros. “Lástima es, - se decía el espíritu -, que ande tan atareada mientras que yo estoy aquí ocioso y solazado”.

Al recobrar la salud, no cesaba de decir aquel hombre, que en nada le preocuparía el caer otra vez enfermo. No fue a la costa porque no tenía el propósito de pasar el mar. Estacionó en el pénsil, que era su lugar propio en el mundo etéreo, cual cercado de belleza que constituye su propio ambiente y que él le pertenece porque ha crecido en torno de su espiritual naturaleza, como resultado de una vida de abnegación y de buenas obras en beneficio del prójimo. Es un riquísimo propietario y señor de haciendas que cumplió con su deber en la posición en que en esta vida le colocaron las obras cumplidas en pasadas encarnaciones. Tales espíritus recorren sosegadamente el Camino que al más allá conduce, ignorantes de las posibilidades asequibles al Discípulo, pero despertando gradualmente de una a otra esfera, y entrando con lentitud, pero con perseverancia, en el reino de la luz. Para ellos la aurora tiene místico significado, aunque sean enteramente incapaces de explicarlo.

LA NATURALEZA PROTECTORA

Cuando el espíritu dormita y aun cuando esté parcialmente despierto, el fenómeno de la muerte es mucho menos importante desde el punto de vista psíquico. No significa entonces aquel grado de perfeccionamiento en que consiste el verdadero tránsito ni entraña acrecentamiento alguno de conciencia. El espíritu permanece simplemente en el lugar del mundo etéreo a que se acostumbró durante el sueño y la enfermedad, siendo lo más importante del cambio el que su actividad en la esfera física cesará por largo tiempo, y al recobrarla se resumirá en un nuevo cuerpo y en distinto ambiente.

El espíritu ni siquiera se percata algunas veces del fenómeno de la muerte fisiológica. Si acaece de súbito, como resultado de un accidente, el efecto es parecido al de perder inesperadamente de vista un grupo de gente y determinado paisaje, quedando el espíritu muchas veces sin poderse dar cuenta por sí mismo del misterio de la desaparición. Si la muerte ocurre sin violencia y el espíritu es indiferente, queda como dormido y no experimenta curiosidad alguna; pero si los lazos de amor e interés con sus semejantes le incitan a despertar, entonces las leyes de la vida espiritual le guiarán a alguna fuente de conocimiento. La educación de los que llegan a la esfera física tiene su doble fundamento en los esfuerzos propios del hombre y en el poder cognoscitivo que de las espirituales esferas fluye sobre los maestros que reconocen la importancia de su tarea. La misma ley rige en el mundo etéreo. El espíritu recién llegado que está en suficiente grado de adelanto para moverse, oír y ver, no es el intruso en un país celestial, aunque carezca de la necesaria vista interior para comprender su nueva condición. Las sendas y caminos le son familiares; en estado de profunda conciencia ha visto el hermoso y florido panorama; descansa sobre el perfumado césped; y cuando al fin le invade el desasosiego, se maravilla de permanecer en aquel delicioso lugar mucho más tiempo del que solía; y levantándose, se encamina hacia cualquier objeto que le llame la atención, con el deseo de inquirir cual es su nuevo estado. Tal vez sea un blanco edificio entre los árboles; un templo donde, ante los adoradores consagrados, expliquen las leyes de vida los Maestros venidos de las espirituales y sutiles esferas.

Yo he oído la descripción de esos templos, hechas por los videntes que exploraron el país etéreo lindante con el mundo físico. Y también oí la que hizo un enfermo en peligro de muerte al volver en sí de profundo letargo. Este espíritu dijo que se había hallado entre resplandores de gloria, en la falda de una colina bordeada de árboles en plenitud eflouescente. Vagó de un lado a otro regocijándose en la hermosura que le rodeaba, y como era un espíritu despierto, sintió el deseo conocer por qué estaba allí y que había que hacer. Vio entonces una procesión de figurase espectrales vestidas de blanco que con flores en las manos bajaban de la colina. El espíritu reconoció a uno o dos de los espectros que iban en procesión, pero ellos no dieron señal ninguna de haber reparado en él, porque probablemente estaban en inconsciencia, y sólo eran capaces de ver a cortísima distancia, pues eran espíritus todavía encarnados. El espíritu se unió a la procesión y se halló al punto ante la puerta de un blanco templo, oculto entre los hermosos árboles floridos. Allí estaba el Maestro, un espíritu puro y refulgente que enseñaba a cada cual de los circunstantes lo que más vivamente anhelaban conocer. El espíritu de mi amigo aprendió lo que había que hacer a fin de que, cuando su espíritu terminara la actual peregrinación, pudiera remontarse al mundo etéreo en condiciones psíquicas para ocupar el sitio que le estaba preparado, pues había merecido el derecho de adelantar un gran paso en el camino del perfeccionamiento al fin de aquella encarnación, y de recibir la guía que perpetuamente pueden recibir todos los hombres con sólo aprender del Maestro el modo de merecerla.

Los espíritus enteramente dormidos, que sin cesar llegan al mundo etéreo, no buscan jamás los templos, y si por casualidad los hallan, nunca entran por sus puertas, Para ellos es suficiente el sentimiento de cómodo bienestar que les ofrece oportunidad de descanso en indefinido sueño. El gran espíritu maternal que llamamos Naturaleza, es allí más vívido y menos misterioso que en las esferas físicas y tiene más fuerza para mimar y sostener al espíritu del hombre, como niño mecido en brazos de la madre. Porque como un niño le conduce la naturaleza en su peregrinación a través de la materia, sosteniéndole con su poder en la tierra sobre la cual le parece a él caminar tan libremente, y equilibrándole contra el espacio que podría aniquilarle si ella no le resguardara en su regazo. En la etérea condición, puede la Naturaleza convencer más firmemente de su amistad al espíritu del hombre, pues así como nutre, calienta y abriga al cuerpo en la vida material, así procede de manera más sutil al infundirle en la espiritual la misma confianza y el mismo

regalo de que goza el niño en brazos de la madre. Esta es la crianza de los que no son malos, de los que no han sido injustos, pero que todavía no despertaron. Allí duermen y descansan y se complacen, como pequeñuelos, en la conciencia sin velo de la vida, hasta que el impulso de acrecentación los lleva a tomar envoltura física. Pero la muerte no les dio nueva vida. Siempre tuvieron el derecho y el poder de entrar en aquellos elíseos lugares, como lo tienen todos los espíritus humanos que no se han condenado a la limitación de los infiernos. Y aún los infiernos o lugares inferiores están también en brazos de la naturaleza, que suaviza y suaviza todo lo posible la suerte de los concupiscentes y egoístas. Por lo tanto, tan luego como el espíritu necesite encarnación física, la Naturaleza le colocará en los verdes campos y jardines que se extienden bajo la bóveda celeste. La crianza y la educación es lo que ella vigila y mantiene; pero cuando llega el despertar y el hombre da de mano a las cosas pueriles, el espíritu se emancipa de la tutela y protección de la Naturaleza.

Mientras esté en la infancia espiritual, a menos que sea un malvado, no ha de tener miedo a la muerte, pues el cambio que este fenómeno allega, no es muy importante para el espíritu en aquellas circunstancias psíquicas, ya que sólo significa el traslado de una a otra parte de la crianza con mayor descanso, con más vivo sentimiento de seguridad y confianza, a causa de quedar eliminado el elemento de la lucha por la existencia. De todas las lecciones que la Naturaleza puede darnos, es la muerte la última y sólo corresponde al período de crianza en la vida física.

LA CONDICIÓN DE FELICIDAD

La muerte del cuerpo material coincide algunas veces con el completo despertar del espíritu, y entonces es un suceso digno de conmemorativo monumento. Cuando así ocurre, los circunstantes observan en la faz del moribundo un cambio de imposible descripción. Su desmayada cabeza se transfigura por influjo de la energía moral y parece como si se irguiera, no obstante su inmovilidad, despidiendo luz de la eterna aurora aquellos ojos que pronto han de cerrarse para siempre.

En cierta ocasión, me dijo uno de los que presenciaron este aspecto de la muerte: “Mi madre fue siempre muy sorda, y cuando yo no pensaba perderla, enfermó de muerte. Poco antes de expirar vi. Refulgir sus ojos como si se gozara en la admirable belleza de algo oculto a mi vista, como de que ya no más estaría sorda y sin sostén”.

Algunos moribundos vieron en torno de sus lecho de muerte a los ángeles de blancas las, en espera de transportarles el espíritu a través de la etérea inmensidad, o a los guías y Maestros prontos a mostrarles la estela que, arrancando del dintel de la vida material, cruza el océano etéreo y conduce a la espiritual condición donde los espíritus, luminosos y resplandecientes cual destello de luz increada, aman y viven y actúan como jamás pudiera imaginar el hombre.

Cuando el despertado espíritu sale del cuerpo, a la luz del rayo que le eleva, percibe la espléndida subida que ante él se explaya, y el deleite que esto le produce se refleja momentáneamente en los ojos del cuerpo del moribundo. Yo nunca he oído decir que los moribundos tomen esta maravillosa expresión de rostro antes de perder el habla, sino que siempre se transfiguran al exhalar el último suspiro. Nadie que haya presenciado este hecho ha de sentir temor de la muerte. Podrá acaso tener razonables dudas de si su vida ha sido lo bastante buena para merecer tal galardón, pero jamás le amedrentará la idea de morir. Únicamente en el malvado, en el enemigo de sus semejantes, cabe tal temor; y si lo siente, puede por jamás ahuyentarlo con sólo apartarse de la engañosa senda por donde anduvo, y entrar en el camino por donde los ángeles desean

conducirle. Sólo cuando los hombres empiecen a comprender que los sufrimientos propios de la muerte se les infligen con el fin de librarles de la oscuridad e imperfección del mundo físico, reconocerán la infinita Ternura y darán gracias al Poder que rige sus vidas. No importa que, al parecer, sea completa la felicidad de algunos hombres en esta vida, porque es de naturaleza peculiarmente temporal. El objeto del sufrimiento es elevar los espíritus de los hombres a aquel estado psíquico en que predomina el sentimiento de permanencia e inmortalidad.

Quien pierde a un ser amado, conservará este amor si es capaz de elevarse al estado espiritual en que no puede perder ni el amor ni el ser amado. La primera emoción que experimentan dos seres henchidos de amor recíproco, a quienes separó la muerte, es la de que uno de ellos le ha sido arrebatado al otro y puesto lejos de su alcance, de la misma tiránica manera con que una aya puede apartar un juguete del alcance de un niño. Pero el espíritu celestial, el Creador de la vida de los hombres, les dará a conocer que al arrebatarse la muerte al ser amado, no lo aniquila, sino que lo eleva a más eminentes alturas. Así dejaremos ver analogía entre el niño privado del juguete que el aya puso lejos de su alcance, y el alma a quien la vida física retiene todavía en el cuerpo lejos de su amada compañera.

El espíritu del hombre puede escalar las más ingentes alturas. “Dondequiera que vaya os conoceré para enseñaros el camino”. Así, el que en la tierra queda llorando al pie de la escala, queda tan sólo porque rehúsa mirar a lo alto”, porque rehúsa despertar. Desea tener consigo a su amado, de suerte que juntos recorrieran una tras otra las etapas de la vida física, reposando en sueño de paz entre las encarnaciones. Pero no es tal el destino del hombre. El universo físico y el astral es tan sólo su morada pasajera. Debe ir más allá. Una extraña circunstancia, que frecuentemente acompaña a la ley de separación por muerte es, que dos seres recíprocamente amantes, suele morir primero el mejor, el más perfecto, más abnegado y más exquisitamente espiritual. Sucede así, porque los espíritus de semejante condición progresan luego de la muerte corporal, y con tal fuerza atraen a quienes por su presencia suspiran, que no sólo espiritualizan su naturaleza, sino que los elevan de categoría en la próxima encarnación. Si muriese primero el amador de condición más imperfecta y materializada, permanecería estacionario en el mundo astral, apresurándose a volver al material, haría sentir su presencia al ser que dejó en este mundo, incitándole a la satisfacción de la vida

estacionaria, en vez de entrar en otra nueva. La ley de muerte y separación por muerte es un hecho capital en el proceso de desenvolvimiento del género humano, estando por lo mismo compelido el Espíritu celador de la vida a realizarlo en continuada acción, con objeto de excitar el adelantamiento individual de los hombres y apresurar el término de su completa peregrinación. La felicidad es el derecho nativo del hombre, pero no sobre la tierra, porque la tierra no tiene en su suelo alegrías bastantes para deleitarle. La felicidad es el derecho nativo del hombre como espíritu, no como mortal, y su plenitud es mucho mayor de lo que en este mundo puede imaginarse. La satisfará en estado de perfección, porque no habrá entonces lucha entre elementos adversos ni temor de ulteriores mudanzas operadas por muerte. Va entonces de una a otra esfera, y en todos sus espirituales estados (según puede observar cualquier vidente) nos enseña y alecciona; pero aquél tránsito es deleitoso y deja vivísimo sentimiento de placer en quienes lo presencian.

Mientras estamos en la vida física nos atormenta un constante pesar de sufrimiento e infortunio, que aún en los momentos de terrena felicidad rebulle en el fondo de la conciencia. Que esto es así, lo demuestran las vulgares expresiones: “Va usted a caer enfermo, si no se cuida”. “Usted se está matando”. ¡Siempre alienta la ansiedad en un ser que mantiene esposa y pequeñuelos a quienes ama!. Por optimista que sea, atormenta al hombre más jovial el desasosiego, que se convierte en angustia a la noticia de un accidente, un incendio, una epidemia o un desastre, cuyos riesgos amenacen a los seres queridos. Para librarle de este temor es necesario conducirlo más allá de dintel donde la ansiedad tiene su asiento, y a tal efecto, uno de los medios de mayor eficacia, es arrebatarse allende el dintel al ser predilecto. La preocupación que el hombre ha de vencer, cuando esto ocurre, es la de que él no puede seguir al ido por hallarse preso en el cuerpo material y encadenado a la vida física. Muy a menudo necesita pasar el espíritu por muchas encarnaciones antes de vencer, cuando, encarnado, semejante preocupación, que es el inicial y más poderoso obstáculo a su progreso.

La primera emoción que nota quien pierde a un ser querido, es el sentimiento de haber perdido a su amado; pero más tarde repara que el amor se escapa de su alma como perfume que el tiempo desvanece. Las personas de su parentesco y trato, desconocedoras de las leyes de la vida espiritual, dicen entonces que empieza a consolarse de la pérdida sufrida. En efecto, se echa de ver en él una notable mudanza de conducta, pues o bien se enfrasca con mayor

diligencia que antes en ocupaciones, no dando muestras de acordarse de la persona amada, o bien toma a su cargo el cumplimiento de los deberes que pesaban sobre el muerto y trata de llevarlos a cabo. Quien realiza esto último, se halla en excelentes condiciones de perfeccionamiento, porque se esfuerza en imitar el exquisito carácter del ser que por prevalencia espiritual fue llevado a más alta morada. Siente a la sazón en su conciencia el impulso de amor que le transporta del estado físico al espiritual; pero cuando se entrega totalmente a las sollicitaciones del cuerpo y de la vida física, le invade un vano sentimiento de temor, y busca en el trabajo y en los negocios el modo de restituirse a la realidad.

Todos sabemos cuán frecuentemente recurren los hombres a la continua ocupación, como medio de divertir el dolor ocasionado por alguna grave desgracia, y esta es la razón de que se despierten enérgicos impulsos. Pero el hombre que enteramente vive en la espiritual esfera a que el amor le condujo, se arroba en ella de tal modo, que cuando se ve compelido a las atenciones de la vida física, le parece estar en el mundo imaginario.

Del mismo modo que cuando vuelven de un transporte, después de vagar a lo lejos en estados espirituales, les cuesta trabajo a los psíquicos el reconocer el sitio en que se hallaban, y necesitan mover y tocar los objetos para convencerse de la realidad, así el hombre cuyo espíritu elevó la pena y cuya amante naturaleza supo encontrar más allá del dintel su eterna morada, al volver del espiritual arrobamiento necesita vencer, por medio de la diligente actividad, la sensación interna que le representa como imaginarias las realidades del mundo físico. Su espíritu ha principado a despertar al impulso de los vínculos de amor, y desde entonces tendrá su actividad un carácter menos egoísta y más eficaz que antes. Así irá estableciendo las condiciones necesarias para mejor y más elevada encarnación que le permite seguir las huellas del ser amado, y con él volverá a la tierra mucho más estrechamente unido que antes, porque las leyes de la perfección le habrán transportado en alas del amor a más elevada esfera. Donde estuviere nuestro tesoro allí estará nuestro corazón.

EL DESPERTAR DEL ESPÍRITU

Rara vez cumple nuestra tardía raza la posibilidad de que el trance de muerte coincida con el completo y absoluto despertar del espíritu.

Sólo ocurre éste cuando un ser de condición psíquica perfeccionada por las enseñanzas recibidas, se encarna con el propósito de realizar sus postreros deberes y obligaciones físicas. Este espíritu adelantado ha obtenido, en consecuencia, la parcial iluminación dimanante de haber serenado sus ojos, y tanto para él mismo como para sus semejantes es el zapador de la especie humana, es decir, el que prepara los caminos desembarazándolos de estorbos. En aquel grado de desenvolvimiento, ya está el espíritu casi libre de los grilletes y cadenas forjados durante el transcurso de pasadas encarnaciones, decreciendo en él rápidamente el anhelo de vida material y desvaneciéndose las preocupaciones que no pueden subsistir en tan progresivo estado. La vuelta a la tierra es el último y consciente esfuerzo para saldar del todo la cuenta individual corriente con el mundo. Al término de tal encarnación, los ojos del espíritu rasgan con amplísima mirada el velo que, cayendo de repente como batidas cataratas, descubre el esplendor eterno de gloria.

Los que presencian semejantes casos de muerte, comprenden intuitivamente que están frente a la puerta de la vida perdurable, pues así se lo enseña su amor al que en aquel instante atraviesa el dintel para jamás volver a este mundo. Allende la puerta brilla la Luz viva, el espíritu de Cristo que constantemente anhela ser consuelo y guía de los espíritus de los hombres. Y el espíritu del hombre, no sólo se baña en la luz que lo circunda e ilumina y hasta su corazón penetra, sino que además tiene perfecta conciencia de la luz internamente surgidas para alumbrar el nacimiento de su verdadero ser. Y del éxtasis que acompaña a este despertar, surge de su propio ser a un tiempo iluminador e iluminado.

Llega entonces aquel estado de verdadera vida, de verdadera vigilia, de verdadera y plena conciencia. Entra en los arrobamientos del vivir y a ellos se transporta desde el lecho de muerte donde deja la última envoltura corporal. Pero como cada espíritu es una partícula de raza por la cual arde la Luz viva,

no puede sustraerse a los destinos colectivos, y le caben las simultáneas tareas de presidir a los espíritus despertantes y de trabajar por la emancipación de la raza humana desde más allá del dintel de la vida física. Esta despierto y ve la aurora y nota en sí el rayo que, penetrando en el interior de su ser, le convierte en espiritual astro de refulgencia propia. Sin embargo, no se remonta a las esferas del sol sin ocasos, porque le retienen la confraternidad de raza y los lazos de amor que con sus semejantes le vinculan. Es entonces uno de aquellos espíritus capaces de atraer a los hombres cuyos ojos corporales no pueden ver al atrayente; es como de aquellos espíritus que allegan espigas al gran Cosechador. El esfuerzo y el trabajo son su delicia y regocijo, porque esplendoroso, alegre y triunfante, surge de la exánime envoltura que encarnó la etapa final de su vida física. Vida, luz, delicia, poderío sobre todos los hombres, son su gozo al despertar y en ellos se deleita como hasta entonces jamás se deleitara, mientras que en la tierra lloran gentes tras féretros de su cadáver. Algunos de los que vieron muertes como estas, comprendieron y no lloraron.

LOS MENSAJEROS DE LA INSPIRACIÓN

Según queda ya expuesto, el Palacio de la Enseñanza, así llamado por los psíquicos, es un lugar donde aprenden aquellos que empiezan a despertar. Legiones de espíritus en cuya mente apenas apunta la creencia de la posibilidad del despertamiento, entran allí velados, ciegos y sordos, apiñándose en muda adoración sobre el amplio pavimento. Muchos de ellos son adeptos de alguna religión terrenal o de alguna comunidad monástica, cuyas horas de más profunda concentración coinciden con las del culto público en sus iglesias. Por esta razón acuden en gran número al Palacio de la Enseñanza durante estas horas, y los que empiezan a ver espiritualmente, pueden distinguir algunas de las veladas figuras.

El aspecto de aquel lugar cambia incesantemente; pero no obstante, subsiste la realidad de algo permanente que despierta la profunda sensación del hogar propio, a pesar de que el sólido pavimento puede abrirse y mostrar bajo él una sombría corriente, así como las alcantarillas bajo cualquier casa o templo de la tierra. Domina allí a un tiempo el compañerismo de la escuela y la familiaridad del hogar entre los espíritus de diversas encarnaciones, porque es un lugar al que desde más levadas esferas acuden los espíritus anhelosos de encontrar a quienes dejaron en la tierra. Para el hombre que suspira por el ser amado y perdido, es gozo grandísimo el encuentro con él en aquella etapa de prueba. Algunas veces el espíritu puro, que en más lejanas esferas descansa o actúa, desciende al Palacio con el fin de revelarse como ser viviente y amante, y enseñar el espiritual aprendizaje a quienes lloran por su muerte física.

Junto al gran altar está la puerta de entrada a la capilla de fuego, donde entre tormentos físicos y morales expían sus culpas los pecadores. A menudo, el sufrimiento consiste en el persistente y angustioso recuerdo del ser amado, cuyo invisible espíritu atraviesa la puerta de la capilla del fuego y consuela y guía al paciente en la pena.

La profunda co-amistad que entre ellos existe, los une en la terrible prueba, aunque la ciega y rebelde alma lo repugne, aunque los hombres pertinaces nieguen la existencia del Poder regulador, del Padre cuya

providente mano les resguarda de la turbulencia de los elementos y cuya voz ordena a la naturaleza que para ellos edifique una mansión fuera del caos. Del mismo modo que los prodigios cotidianos son nómadas para quien se lanza al cieno en busca de goces personales, así el alma, expiante todavía velada, caminará entre los más estupendos milagros sin comprenderlos; sin reconocerlo irá de la mano con el ser querido por cuya pérdida sigue sufriendo y llorando.

La obcecación y la ignorancia son las causas raíces del lento avance del hombre por el sendero espiritual y sólo su voluntad puede desarraigarlas. Cada cual debe hacer esto por sí mismo. No al Cristo, no al Padre, no a quien puede volver de otra vida, les incumbe descorrer el velo y despertar al dormido. Cuando en su sueño se rebulle, encuentra a uno al otro lado solícitos auxilios para ayudarlo a despertar. Con el despertar llega la visión y gradualmente la facultad de discernir de lo que ve. A su debido tiempo será capaz de ver el conjunto de las reglas y aforismos llamados “Luz en el Sendero” que aparecen inscriptos en la pared para que los lean quienes fueren capaces. Algunos ven esta pared según yo la vi, en un principio; esto es, como una llama de pedrería; pero, más pronto o más tarde, la refinada vista penetra el significado de aquel esplendor y las joyas se muestran como palabras preciosas que destellan la luz anhelada por el discípulo.

Yo nunca vi en esta capilla otra cosa que un atril con un gran libro. Según sé ahora, este libro sólo puede leerlo quien tenga enseñanza y guía, porque es necesario que la mano del Maestro vuelva las hojas y vaya señalando las palabras. Cada cual lee las que mejor corresponden al carácter propio de su ser. Las palabras inscriptas en la pared convienen a todos los discípulos en general, pero las del libro sólo a cada uno de ellos en particular. Cuando no hay Maestro que enseñe, el libro permanecerá cerrado para los espíritus de los hombres terrenos que, faltos de auxilio, no pueden comprender lo que cada página contiene ni lo que en ellas está escrito. Según he dicho, algunos espíritus son incapaces de realizar su anhelo sin apoyarse en la idea del amor maternal, y para ellos descubre la Virgen María el velo que separa lo finito de lo infinito. Espíritus humanos van pasando continuamente ante su imagen y desaparecen más allá en los etéreos espacios. Todavía más distantes de la vida física, hay estados o condiciones conocidos por quienes, libertándose de sus cuerpos, viajan y caminan fuera de la materia. Más allá del Palacio de la Enseñanza hay un lugar, lejanamente situado de las condiciones

materiales, en donde los Maestros de los hombres reciben inspiraciones e ideas. Los psíquicos lo ven como un grandioso edificio que se alza en una solitaria peña en medio de anchuroso mar. Ven allí alados mensajeros que en grupos vuelan desde las aguas a la tierra, y todos cuantos los han visto están acordes en determinados pormenores. Todos ven una espaciosa sala en uno de los cuyos lados, cerca de la pared, hay una larga mesa en la que muchos espíritus escriben de continuo. Todos ven una anchurosa escalera que conduce a un piso superior, y al pie de ella algunos han visto simultáneamente coros de figuras danzantes que, descendiendo ligeras y graciosas como adolescentes, llegan hasta el centro del salón y allí danzan con la espontánea naturalidad de los insectos alados en el aire. De pronto, como si conociesen que está preparado para ellas el servicio, se metamorfosean en aves, y tomando el mensaje que en la mesa han escrito los espíritus, salen por la gran puerta que se abre sobre el mar y, volando sobre el agua, desaparecen a lejanísima distancia. Estos mensajeros están dispuestos convenientemente para entrar en las esferas materiales, y por los esfuerzos de quienes trabajan en el dintel de la humana vida, son capaces de encontrar a los hombres anhelosos de inspiración para emplearla en provecho del mundo. Sólo a quienes en bien de sus semejantes trabajan, se acercan los celestiales paraninfos atraídos por la fuerza de afinidad psíquica. Pero queda sin su auxilio el hombre ambicioso que en egoísta utilidad emplea los talentos. Las obras de un autor o la elocuencia de un orador que así proceda, carecerán de ideas espirituales y pronto caerán en el olvido. Más influencia parecida a la del imán ejerce el desinteresado obrero intelectual, cuya sola ansía es la de ser útil a la humanidad. Rozando las aguas del gran océano, a través del éter, llegan derechamente a él los heraldos del cielo.

EPÍLOGO

El despertar es tan grandioso acontecimiento en la vida psíquica, que los hombres dormidos son incapaces ni aún de vislumbrar su magnitud. Muda la apariencia de todas las cosas, de modo que en realidad no da un nuevo Cielo y una nueva tierra. Los espíritus dormidos moran, cuando encarnados, en la cárcel como el límite del universo; y cuando desencarnados, juegan o duermen como niños en crianza. El espíritu parcialmente despierto mira más allá de las puertas de su cárcel, ve los espirituales espacios y poco a poco aprende a caminar en corto trecho por ellos. El espíritu enteramente despierto domina a los dormidos y les muestra cosas que ignoran, a semejanza de un hombre que, entrando en una casa obscura, abriese los postigos que ocultan el esplendor de la aurora y mostrase sus rayos a los dormidos moradores que despertarían para admirarlos. El es el gran doctor, el gran maestro, el hijo de Dios, uno de aquellos espíritus que sólo de tiempo en tiempo surgen en la historia de la humanidad. Llega sólo, cual corresponde a los seres encarnados, pero le rodean y sostienen legiones de espíritus invisibles para el común de los hombres. Viene avanzando desde aquéllas áureas puertas, más allá del gran mar en que flota el universo material, y realiza un verdadero sacrificio al encarnarse en cuerpo de naturaleza idéntica al de los despiertos espíritus a quiénes acompaña.

Los hombres parcialmente despiertos, están bajo la acción de la misma ley del amor que emana de aquella nativa confraternidad, y desechan todo temor al sentir protección y ayuda que sobre ellos fluye de invisibles y misteriosos manantiales. Ya no es más caótica y casual su existencia; tiene ordenada finalidad, aún en medio de las peores desgracias que le pueden sobrevenir y en la hora de extrema agonía les elevará la mística bendición de la vida espiritual.

El espíritu despierto y desencarnado, está henchido de sabiduría, que es el primero de los inestimables dones concedidos a quienes para siempre arrojan de sí el sueño y la pereza. Está iluminado y conoce el fin de su existencia y el futuro destino de la raza de que forma indesgregable parte. Conoce cuál es su lugar en aquel Amor de que también es partícula integrante,

por el que viven todas las cosas y todas se mantienen, sostienen y guían. Conoce su lugar en la inmensa hoguera de fuego creador cuyas chispas prenden nuevas lumbres en las esferas terrestres para reanimar a los seres de su raza y especie. No puede alcanzar la plenitud ni poseer la herencia, hasta que toda la raza a que pertenece haya surgido de las tinieblas a la luz; pero no obstante, espera y trabaja incesantemente sin pena ni fatiga, porque sabe para que trabaja y lo que espera. Cuando desaparezcan las nieblas de la ignorancia que cubren la tierra como un toldo, desaparecerán también toda pena, todo disgusto, toda turbación y angustia. El único anhelo del espíritu despierto es de persistir en la penetración del corazón de las cosas que sostienen la ventura y esperaza en el interior de su ser.

La primera conquista del espíritu despierto es que sabe quien es y por qué existe y cual es el destino de la raza humana. La segunda conquista, que llega inmediatamente próxima, es el sentimiento de amor a la raza toda, del que nace la potencia de los esfuerzos en provecho de ella. Semejante sentimiento y potencia son inconcebibles para el común de los hombres e inasequible para los despiertos parcialmente; porque sólo son posibles cuando la sabiduría llega al espíritu y lo alumbrá con plena iluminación. Muchos hombres y mujeres saben que el gozo es resultado del amor.

En su ciega arrogancia, se envanecen frecuentemente los hombres de amar tan sólo a quienes eligen por amigos. Tales hombres no pertenecen a la orden sublime cuyos individuos departen con pecadores y públicanos cuando visitan la tierra; ni han llegado todavía a ala perfección moral en que el amor levanta llamas de fuego en el corazón sin preferencias ni predilecciones. Verdaderamente no conocen aún lo que es amor.

Aquellos que de él han gustado, siquiera en porción mínima, están llenos del anhelo de vivir amando y se ven impelidos hacia el supremo esfuerzo por el sentimiento de que todavía no han empezado a vivir ardientemente, de que son tan sólo niños entretenidos en el dintel de la vida. El ansia de despertamiento, de surrección, de adelanto, brota al fin en el perezoso y lo transfigura, encaminándole hacia la posesión de su herencia. Todo el que sacude el sueño y empieza a convencerse de que la vida y el amor y la actividad son su herencia, impele progresivamente a la raza humana y llega a ser un bienhechor de la Humanidad.

www.santimonia.com

Fuente de Alimento Espiritual

